

Instituto de Historia  
Pontificia Universidad Católica de Chile

VERÓNICA VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE\*

YO, EL LEON DE TARAPACA.  
ARTURO ALESSANDRI PALMA, 1915-1932

---

ABSTRACT

This article analyzed the social dimension of the political discourse addressed by Arturo Alessandri Palma to the nitrate workers, and the working class at large, in the period comprised between 1915 and 1932. Its purpose is to consider the contents of that dimension and their capacity to induce the popular sectors to assume an active political militancy. It evaluates the orientation of Alessandri's "populist" practices after 1920 as a mechanism of working-class politicization, arguing that they had a basically instrumental character. In that regard, the traditional image of Alessandri as a popular "caudillo" since the 1915 congressional campaign is brought to question, emphasizing instead his interest in giving the working-class mobilization an institutional slant, in support of the conservation of public order and social peace.

"Alessandri. Una personalidad  
paradojal. Un contrasentido  
viviente. Un hombre en quien parecen haber  
reinado todas las virtudes en permanente lucha  
con todas las debilidades de los hombres..."

(René Olivares *Alessandri, precursor y revolucionario*, p. 22).

Los comienzos del siglo XX en Chile se hallan asociados al ocaso del ciclo salitrero iniciado bajo administración chilena en la década de los ochenta de la

---

\* Este artículo es parte del proyecto Fondecyt N° 1980030 "¿Proletariado consciente o querida chusma?", a cargo del historiador Julio Pinto Vallejos. La autora agradece al equipo de investigación participante, por su valioso aporte en la discusión de las ideas expuestas aquí, profesores, Sra. Teresa Gatica Pinto, Pablo Artaza Barrios y Robinson Lira.

pasada centuria. Los cambios producidos por la Primera Guerra Mundial pusieron en jaque el monopolio chileno del nitrato en los mercados internacionales, lanzando a la economía nacional a un período de crisis del que no habría de salir hasta los años treinta. La inestabilidad del mercado mundial salitrero fue a la par de la agudización del conflicto entre las distintas clases sociales, en lo que se conoció como la "cuestión social" ya evidente desde principios del siglo.

La llamada "cuestión social" ocupó un lugar central en el debate público y político, en tanto puso de manifiesto las deficiencias del orden oligárquico-parlamentario implementado por la elite. Las profundas desigualdades sociales generadas por una sociedad verticalista y excluyente fueron exacerbadas por los efectos económicos y sociales del conflicto eu-ropeo, deteriorando aún más las ya deplorables condiciones de vida de los sectores populares. Así, si la "cuestión social" hasta comienzos de siglo había hecho referencia preferentemente a los problemas materiales y de sobrevivencia de los trabajadores, durante la primera década se politizó. Las demandas por cambios sustanciales al modelo económico, a la distribución de la riqueza, a la igualdad de derechos y al sistema político se multiplicaron, corroyendo las bases del antiguo orden. Las dos primeras décadas del siglo XX estuvieron impregnadas por el debate político y la necesidad de introducir reformas. En otras palabras, el siglo XX tuvo su partida de nacimiento con la irrupción de los sectores populares y medios a la lucha política y su explícito intento de cuestionar la hegemonía sustentada por la oligarquía hasta esa fecha.

La politización de los sectores populares, particularmente la de los obreros urbanos y mineros, sin embargo, no fue sólo el producto de la inestabilidad de la economía chilena, sino también de la aparición de propuestas políticas que buscaban el reemplazo del régimen vigente o un acomodo a las nuevas condiciones. Tempranamente, durante el siglo XIX, los sectores populares fueron convocados a participar en la vida política a través del sufragio, aunque en una forma bastante restringida. La lucha entre un liberalismo que buscaba acercar al país a las tendencias predominantes en Europa en la época y un conservadurismo de tipo autoritario y centralista, fueron dando a un pequeño sector del "pueblo" (los artesanos, especialmente) un lugar en el juego electoral diseñado por y para la elite. Como fuera, estos incipientes ejercicios iniciaron un proceso de politización popular, que habría de acrecentarse al correr del siglo<sup>1</sup>. La instalación de un orden parlamentario tras el triunfo congresista en la Guerra Civil de 1891, tendió a fortalecer ese

---

<sup>1</sup> Roberto Hernández Ponce, "La Guardia Nacional de Chile. Apuntes para su origen y organización. 1808-1848", *Historia*, N° 19, 1984; Sergio Grez Toso, *De la regeneración del pueblo a la huelga general*, Santiago, 1997.

débil proceso al modificarse el sistema electoral con la Comuna Autónoma y la no intervención del Ejecutivo, pudiendo los sectores populares incidir en el resultado de las elecciones, aunque en forma indirecta. A pesar de reconocérsele el derecho a sufragio, como es sabido, el voto era emitido sin un criterio político, sino económico, dada la extendida práctica del cohecho y del caciquismo local. Después de 1910, sin embargo, los intentos por despertar la conciencia política de estos sujetos alcanzó fuerza, pasando a ser un mercado electoral en disputa de distinto carácter.

En este proceso de politización de la "cuestión social", la provincia de Tarapacá jugó un papel fundamental. El hecho de ser el centro salitrero por excelencia, al menos hasta la primera década del siglo XX, la convirtió en una de las cunas del proletariado chileno. En ella se gestó la primera huelga nacional de nuestra historia y nació el partido político popular más importante, el Partido Obrero Socialista (POS), posteriormente Partido Comunista. La presencia del radicalismo y de un fuerte partido balmacedista en la zona, por otra parte, estimularon la politización de los trabajadores, requeridos como base electoral. Al contrario de la propuesta socialista, las colectividades tradicionales –balmacedistas, radicales– impulsaron un proceso de politización "desde arriba", que permitió al balmacedismo y a los radicales contar con una importante base de apoyo electoral desde fines del siglo XIX<sup>2</sup>. A pesar del adoctrinamiento y de las modificaciones a la organizaciones obreras introducidas por Recabarren y el POS, los partidos históricos en transición a convertirse en colectividades modernas tuvieron un éxito, aunque relativo, en su mirada política a los sectores populares. Desde la primera década del siglo, Tarapacá fue escenario de una pugna por atraer a los trabajadores a las distintas tiendas políticas históricas, que favoreció un lento pero progresivo proceso de politización. Este recibiría, finalmente, un fuerte impulso con la llegada de Arturo Alessandri Palma a la provincia para la campaña senatorial de 1915.

El presente artículo se inserta en el debate acerca de la politización del mundo popular, en el período entre 1915 y 1932. Su propósito es evaluar el fenómeno político del alessandrismo, en su vertiente de politización populista. Es decir, inquirir acerca de la gestación y contenido de la propuesta alessandrista. El análisis se hará, preferentemente, en relación al discurso social presentado por Arturo Alessandri, es decir, su relación con la ya señalada "cuestión social". Aunque no se descuidará el

---

<sup>2</sup> El tema de la politización popular a fines del siglo XIX en Tarapacá ha sido estudiado específicamente por Julio Pinto en su trabajo "¿Cuestión social o cuestión política? La lenta politización de la sociedad popular tarapaqueña hacia el fin de siglo (1889-1900)", en Julio Pinto *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, Editorial Universidad de Santiago: 1998.

proyecto político de Alessandri, el estudio se abocará a desentrañar su discurso social, especificando no sólo las propuestas concretas, sino también su percepción acerca de los sectores populares a fin de situar mejor sus proposiciones.

La hipótesis de este trabajo pretende destacar el importante factor de politización popular que fue el alessandrismo, afirmando que su influencia en dicho proceso fue mucho mayor que el del socialismo del POS. Su fuerza, a nuestro juicio, residió en su capacidad de mostrar al mundo popular que el cambio y la construcción de una sociedad más justa era posible dentro del régimen existente, cuestión que había sido imposible hasta entonces. Tal proceso no se apoyó en un discurso social maduro y elaborado, sino en el uso de recursos de corte populista que cumplían objetivos concretos dentro de la estrategia política del "León de Tarapacá". Al contrario de lo sostenido por algunos historiadores, proponemos que en este caso el populismo, entendido como fenómeno movilizador de masas, fue sólo coyuntural y muy limitado, persiguiendo propósitos específicos. No fue la tónica general, como sí lo fue en otros casos de populismo latinoamericano. En ese sentido, proponemos que el populismo alessandrista se relacionaba con la creación de un Estado intervencionista y regulador de las relaciones sociales, más que con su carácter caudillesco. La movilización popular fomentada por Alessandri fue una pantalla para lograr fines político-institucionales que le aseguraran su victoria. El discurso social que acompañaba la movilización, por tanto, formaba parte de un proyecto de modernización política mucho más amplio, dentro del cual lo social sólo era una parte y no necesariamente la más importante. Desde esa óptica, el populismo alessandrista se quedó en un plano más bien emotivo y retórico, sin lograr articularse en antagonismo con la ideología liberal dominante, sino como una apuesta de democratización legalista<sup>3</sup>. Lo anterior, sin embargo, no implicó en el pensamiento alessandrista la inexistencia de una percepción bastante clara del problema social y de las medidas a tomar al respecto. Al contrario, creemos que la postura de Arturo Alessandri en relación al tema social estaba relativamente clara mucho antes de su llegada a las tierras del salitre, pero no constituyó un área política preferente hasta que los trabajadores se convirtieron en un mercado electoral indispensable.

<sup>3</sup> Sobre populismo latinoamericano véase Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*, México, 1986, y Paul Drake, "Requiem for Populism", en Michael I. Conniff (Ed.), *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, 1982.

## 1. EL NACIMIENTO DEL "LEÓN DE TARAPACÁ". ¿UN CAUDILLO POPULAR?

Los años de esplendor del ciclo salitrero, sin duda, comenzaron a mostrar signos claros de agotamiento a partir de la segunda década del siglo XX. El "Centenario" de la Independencia pareció sintetizar los grandes logros decimonónicos, como las deficiencias que acompañaban a esa época de crecimiento. Mientras unos celebraban, los otros retomaban las tendencias rebeldes que habían exhibido a comienzos del siglo, al empuje de los efectos de la Primera Guerra Mundial.

En el terreno económico, los años posteriores a la crisis de 1907 habían sido positivos, dada la recuperación de los mercados europeos del nitrato, como de sus precios. El auge alcanzado por las economías europeas en los años previos al gran conflicto sostuvieron el modelo primario exportador sustentado por la oligarquía. La Primera Guerra dio por terminada esa etapa de esplendor para dar paso a un período de inestabilidad constante en todos los índices de la vida económica del país. Este ya había empezado a manifestarse un año antes del estallido de la guerra con la breve recesión de 1913, la cual alcanzó ribetes dramáticos con el inicio de esta a mediados de 1914 y hasta el otoño de 1915. El cierre del mercado europeo afectó no sólo a nuestro principal producto de exportación, sino también la importación de una gama de insumos y bienes intermedios provenientes de Europa. Este proceso fue acompañado por un alza en los fletes y una drástica disminución de los créditos e instrumentos de pago que revelaron la fragilidad de la economía chilena<sup>4</sup>. El principal y más inmediato impacto de la crisis fue la paralización de numerosas oficinas salitreras, de las cuales -134- sólo se mantuvieron en funcionamiento 43, reduciendo la producción mensual de salitre de 262.862 toneladas a 80.654<sup>5</sup>.

La crisis comercial salitrera desatada con el inicio de las hostilidades, lanzó a la miseria a miles de trabajadores que fueron despedidos, agudizando, al mismo tiempo, las medidas de explotación de que eran objeto y que habían sido denunciadas desde comienzos de siglo. Un año antes -en 1913- las denuncias por malos tratos de los salitreros con los trabajadores, el pago en fichas, las cada día más deplorables condiciones de inseguridad

<sup>4</sup> E. Faletto, H. Zelman y E. Ruiz, *Génesis histórica del proceso político chileno*, Santiago, 1970.

<sup>5</sup> Julio Pinto, "Crisis salitrera y subversión social: los trabajadores pampinos en la primera pos-Primera Guerra Mundial (1917-1921)", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana*, Santiago, Dr. Emilio Ravignani, N° 14, 1996, 67.

laboral y de vida habían vuelto a poner en el debate político la “cuestión social” en el norte salitrero. En efecto, ese año, producto de una campaña de denuncia, viajó a Tarapacá y Antofagasta una Comisión Parlamentaria encabezada por el radical Enrique Oyarzún con el expreso objetivo de interiorizarse acerca del problema obrero del norte, como del administrativo<sup>6</sup>. De acuerdo al informe presentado por Oyarzún a la Cámara, las condiciones de trabajo en las oficinas de los cantones del sur de Tarapacá, donde predominaban los obreros chilenos, eran “las peores de las que pudo presenciar después”. La trituración del caliche provocaba serios problemas respiratorios, dada la inexistencia de máscaras protectoras, mientras la falta de seguridad en los cachuchos podía provocar la muerte de los trabajadores en cualquier momento. En la sala de calderas, por su parte, la temperatura era superior a cuarenta y cinco grados, acompañados de los vapores salinos de los cachuchos. En suma, las instalaciones y los campamentos mineros eran “de los más primitivos y desaseados que se vieron en toda la excursión”. Según la información aportada por los obreros a la Comisión, aproximadamente 4.000 hombres perecían anualmente en toda la pampa como producto de accidentes laborales<sup>7</sup>. Si las condiciones de trabajo eran deficientes, las de vida no habían mejorado mucho desde comienzos de siglo, a pesar de las luchas obreras. La Comisión de 1913 fue testigo de las precarias condiciones educacionales, en las cuales más del 50% de los niños no recibía instrucción primaria y de la necesidad de escuelas nocturnas para instruir a los numerosos obreros que carecían de los más mínimos conocimientos. A su vez, el abandono en que se encontraba la zona favorecía las pésimas condiciones sanitarias en que se desenvolvía la vida pampina, además del insuficiente servicio hospitalario. El resultado de la visita fue la preparación de dos proyectos de ley presentados a la Cámara a fines de noviembre de 1913: uno relativo al salario de los obreros y al trabajo de mujeres y niños y otro respecto de los accidentes del trabajo. Así, en los años inmediatos a la Gran Guerra, la situación social en la pampa salitrera seguía siendo tan deficiente como a fines del siglo anterior. Una vez iniciada esta, la situación de los obreros se hizo más precaria, especialmente en lo relativo a la estabilidad laboral y salarios.

<sup>6</sup> Virginia Krzeminsky F., “Alessandri y la cuestión social”, en Claudio Orrego, *Siete ensayos sobre Arturo Alessandri Palma*. Santiago, 1979, 227. Según esta autora, fue la campaña iniciada por el poeta Víctor Domingo Silva en Iquique durante 1913 lo que determinó la constitución de la comisión parlamentaria que visitó la zona.

<sup>7</sup> *Boletín de la Oficina del Trabajo*, N° 8, 1914, “Comisión Parlamentaria encargada de estudiar las necesidades de las provincias de Tarapacá y Antofagasta”.

En efecto, los principales costos de la caída de las exportaciones y cierre de las oficinas fue asumido por los trabajadores, quienes perdieron sus empleos rápidamente. De acuerdo a las cifras manejadas por las autoridades de la época, de un total de 52.000 pampinos en 1913 en Tarapacá, 15.000 fueron expulsados en los primeros meses del conflicto a fin de paliar la pérdida de utilidades. La intención de los empresarios era seguir despidiendo el mayor número de obreros particulares y barreteros, pues no tenía sentido mantener la extracción de caliche si no sería elaborado<sup>8</sup>. La cesantía exacerbó los ánimos de los trabajadores; algunos prefirieron migrar a la capital o a las provincias del sur del país, mientras otros se quedaron en las ciudades nortinas en espera de una mejoría de la situación. En el caso particular de Tarapacá, los pampinos que decidieron quedarse se congregaron en los puertos, donde exhibían su pobreza y desesperanza. Dada la extensión del fenómeno del paro forzoso, el gobierno abrió albergues y ollas del pobre en Tarapacá para sostener a los parados, concentrándolos en el edificio del Hipódromo de la ciudad de Iquique. Al momento de la elección parlamentaria de marzo de 1915, la Intendencia de Tarapacá estaba ofreciendo alojamiento en ese lugar a 600 personas y alimentación a una cifra que fluctuaba entre 1.244 y 2.240, diariamente<sup>9</sup>.

La desesperación creada por el paro forzoso se fue acrecentando a partir del verano de 1915, toda vez que comenzaron a paralizar otras oficinas. En el caso del cantón de Huara, por ejemplo, de las doce oficinas en funcionamiento, diez cerraron al comienzo de la crisis. En enero de 1915, las dos restantes anunciaron su paralización, lo cual significaba que el pueblo de Huara quedaba sin recurso alguno. Un mes más tarde, el gobierno anunció que se pondría término a la alimentación gratuita, por tanto a la existencia de la olla del pobre establecida en la ciudad, y que en lo inmediato debería limitarse la ración a una diaria<sup>10</sup>. De este modo, los cesantes acudieron a la prensa radical de Iquique para exponer su situación y elevaron un memorial a la Gobernación, solicitando auxilio en dinero. La respuesta del Ministro del Interior fue negativa. El resultado fue que las calles del puerto de Iquique eran diariamente recorridas por los cesantes: "demacrados, rugosos, con el rostro ennegrecido por el sol que arranca la piel que ya no encuentra carne...mujeres desfallecidas y niños anémicos, así han vuelto a pasear por

<sup>8</sup> *Archivo del Ministerio del Interior (AMI)*, Telegramas, vol. 4371, 13.10.1914; vol. 4368, 17.8.1914; vol. 4309, 29.8.1914 y vol. 4487, 21.1.1915.

<sup>9</sup> *Archivo de la Intendencia de Tarapacá (AIT)*, vol. 2, Oficios Varios, Dcto. s/Nº y vol. 4, Copiador de Oficios a los Ministerios 1914-1915, Dcto. 482, 24.9.1914.

<sup>10</sup> *AIT*, vol. 30, Varias Notas, 1915, Dcto. 25.1.1915; *La Provincia (LPR)* (Iquique), 6.2.1915.

las calles de esta población...aquellos robustos braceros que hacían parir la pampa rica.”<sup>11</sup>.

En el ámbito político, en los años posteriores al Centenario los vientos de cambio que soplaban desde comienzos de siglo recibieron un fuerte impulso que se reflejó en el camino que seguirían las colectividades políticas. Desde fines del siglo XIX y primeros años del XX, los partidos entraron en un proceso lento de revisión de sus principios directrices y en la elaboración incipiente de verdaderos programas políticos. A pesar que tal fenómeno no tuvo mucha fuerza en los años siguientes, a partir de la reflexión social que suscitó la celebración del centenario de la Independencia, estas vertientes “reformistas” comenzarían a madurar, especialmente en lo relativo al rol del Estado en materia económica y social<sup>12</sup>. Los cambios sociales producidos por la economía salitrera había dado vida a una creciente clase media que buscaba afanosamente integrarse a la vida política, lo cual estaba influyendo en los cambios que se estaban produciendo a nivel partidario, en tanto el tema de una democracia plural y participativa se puso a la orden del día. Cada vez más voces se levantaron para abogar por la limpieza del sufragio y por la ampliación del sistema político. Así mismo, los sucesos de Valparaíso en 1903 y de Santiago en 1905 sensibilizaron a sectores de los partidos históricos que pusieron más atención al problema social y su relación con el sistema político. La crisis social desatada por la I Guerra ayudó a la maduración de este proceso, en tanto la aglomeración de los cesantes en las ciudades y su deambular por el país inquietó a las clases dirigentes, quienes por primera vez desde 1880 se enfrentaron a un fenómeno de cesantía masiva y de la consiguiente alteración del orden público. La respuesta de las corrientes reformistas al interior de los partidos tradicionales, ante esta nueva realidad, hizo hincapié en la necesidad de un cambio en el sentido de la política y en la ampliación del sistema.

En el caso de Tarapacá, los partidos tradicionales que originalmente más coincidieron con la oleada reformista fueron el Liberal-Democrático o Balmacedista y el Radical. En el caso del primero, el afán de los herederos de Balmaceda de recuperar terreno político después de 1891 los impulsó a desarrollar un discurso democratizante, apelando al mundo popular tarapaqueño. En ese sentido, el reformismo de los primeros años de los balmacedistas en Tarapacá estaba íntimamente vinculado a su intento de atraerse a los trabaja-

<sup>11</sup> LPR (Iquique), 7.2.1915; AIT, vo.12, Ministerio del Interior, 1915, Dcto. 246, 23.2.1915 y vol. 1, Copiador de Oficios, 1915, febrero de 1915.

<sup>12</sup> Germán Urzúa V., *Los partidos políticos chilenos*, Santiago, 1968; Timothy Scully, *Los partidos de centro y la evolución política chilena*, Santiago, 1992.



dores, dadas las posibilidades creadas por la Comuna Autónoma. Desde esa óptica, los balmacedistas mantuvieron estrechas relaciones con las organizaciones obreras, a la par que desarrollaron un discurso dirigido a conquistar el voto popular retomando los elementos nacionalistas de Balmaceda en su relación con el capital extranjero y denunciando la explotación de los trabajadores. Simultáneamente, dieron vida a un concepto de democracia de corte antioligárquica que pretendía, al menos discursivamente, lograr “el gobierno del pueblo para el pueblo”, lo cual implicaba su participación en el Estado, como también una mejoría en la educación y en el plano de la moral, de los beneficios económicos y de la participación política directa de las masas laboriosas. En el caso del radicalismo tarapaqueño, su reformismo también se vinculó a su receptividad al problema obrero. A mediados de la década de 1890 sostenía la importancia de la clase obrera, dado su número, y porque el “pueblo es todo”, comenzando una política de denuncia de las condiciones laborales de los trabajadores salitreros<sup>13</sup>.

A pesar que con los años el balmacedismo tendió a perder su carácter democratizador, entrando en combinación con los grupos conservadores menos proclives al cambio, ambas colectividades se disputaban el poderío electoral popular en Tarapacá. Desde que en 1894 el balmacedismo tarapaqueño logró su primer éxito electoral, su poderío político fue acrecentándose con la llegada del nuevo siglo, de modo que la elección de Elías Balmaceda como senador por Tarapacá en 1894 señaló el comienzo de la era balmacedista en la zona. En esa misma oportunidad fue elegido alcalde del municipio de Iquique el también balmacedista Arturo del Río, quien reemplazaría a Balmaceda en la senaturía en 1909. Desde ambos cargos, la administración de Del Río derivó en el caciquismo propio de la época parlamentaria, con claros perfiles de corrupción administrativa, lo cual sería definitivo para el triunfo alessandrino. El radicalismo, por su parte, imposibilitado de alternar el poder con el feudo balmacedista, le disputó el electorado popular durante la primera década del siglo. Las condiciones de corrupción administrativa, sin embargo, y los efectos sociales y económicos de la I Guerra dispusieron a los radicales a intentar desbancar a Arturo del Río en 1915, dando lugar a una coyuntura de fuerte violencia política en la provincia.

Así, Tarapacá era, hacia 1915, no sólo una zona donde la crisis económica mostraba más claramente sus estragos, donde las condiciones laborales hacían emblemática la “cuestión social”, sino también el lugar donde la

---

<sup>13</sup> Julio Pinto V., “Cuestión social o...?”, en *Trabajos y rebeldías...*, 296-310. El Partido Demócrata estaba en decadencia a comienzos del siglo XX y su recuperación momentánea estuvo asociada a la llegada de Luis Emilio Recabarren a la zona.

lucha política era más violenta y donde los trabajadores estaban al centro de esa disputa. En ese contexto se realizó la campaña senatorial de 1915.

La elección de Arturo Alessandri Palma como senador por Tarapacá en marzo de 1915 ha sido calificada desde un punto de vista historiográfico como el nacimiento del caudillo popular. De acuerdo a la interpretación nacionalista-conservadora, hasta 1915 Alessandri era un orador de "salón", mientras que "después de Tarapacá, la elocuencia de Alessandri, como su política, cambia de giro...el blanco de esta mortífera oratoria (será) la masa humilde y pretérita"<sup>14</sup>. En la campaña por Tarapacá en 1915 "Alessandri inicia un nuevo estilo de lucha política, apasionada, emotiva, demagógica...su persona es mitificada"<sup>15</sup>. Específicamente, Alessandri se transformó "en un tribuno popular, al contacto favorable con la masa...", pues "Alessandri...permitió que (la masa) entrara en él y se convirtió en un vehículo de su expresión...el líder de la causa social chilena"<sup>16</sup>.

Desde la perspectiva de este trabajo, la campaña senatorial de 1915 no convirtió a Alessandri en un caudillo popular, ni él enarboló tal título sino hasta 1920. No obstante, y a pesar de no desarrollar discurso social alguno durante ese período electoral, fue en esa ocasión donde parte de sus grupos de apoyo comenzaron a crear el mito de su carácter popular debido a la situación política particular de la provincia.

Como se señaló anteriormente, la provincia de Tarapacá estaba en manos del balmacedismo, a la cabeza del senador Arturo del Río. Este dominaba completamente la administración local a través de la alcaldía, la policía y demás servicios públicos a cargo de seguidores suyos. Las críticas comenzaron a arreciar desde 1913, en las cuales destacó el poeta Víctor Domingo Silva, llegado a Iquique durante ese año<sup>17</sup>. Como es sabido, primero desde el órgano oficial del radicalismo local –*El Tarapacá*– y luego desde el propio diario fundado por él –*La Provincia*–, Silva se convirtió en el portavoz de la disidencia a Del Río y en el principal denunciador de la corrupción que invadía la región. En ese contexto, la elección parlamentaria de 1915 se insertó en un momento en que la atención del país se centraba en Tarapacá, pues se esperaba que el movimiento de "regeneración" que lideraba Silva lograra rendir frutos derrotando el cacicazgo riísta. En esa perspectiva, el radicalismo –como cabeza de la oposición liberal– se aprestó a desafiar el

<sup>14</sup> Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973). Arturo Alessandri y los golpes militares (1920-1925)*, vol. III, 35.

<sup>15</sup> Virginia Krzeminsky, *op. cit.*, 228.

<sup>16</sup> Nicolás Cruz Barros, "Arturo Alessandri: 1891-1918. El nacimiento de un líder político", en Claudio Orrego, *op. cit.*, 154-155.

<sup>17</sup> Para la campaña de Víctor Domingo Silva, véase Cruz Barros, *op. cit.*, 143-144.

dominio del balmacedismo, buscando un candidato capaz de derrotar a Del Río, quien se presentaría a la reelección.

Es importante destacar que la lucha política que se entabló en Tarapacá, y particularmente en Iquique con motivo de estas parlamentarias, se inscribió también dentro de la pugna liberal-conservadora, expresada en las combinaciones partidarias de la Alianza Liberal y la Coalición. La Coalición —liberales democráticos, nacionales y conservadores— había logrado ganar las últimas elecciones presidenciales y controlar el Senado, a través de las prácticas electorales propias del período parlamentario. Para la Alianza Liberal —liberales doctrinarios, radicales y demócratas—, por tanto, 1915 era una oportunidad de disputar el poder al dominio conservador tanto en la elección presidencial como en las parlamentarias. La pugna política del momento estaba cruzada por el enfrentamiento entre el conservadurismo y el laicismo radical, decidido a derrotar al “oscurantismo católico”. Esto es importante, porque la pasión y la violencia de la campaña en el caso tarapaqueño no se vinculaba solamente a la prepotencia y la corrupción balmacedista, sino también al afán liberal de recuperar terreno y empujar el proceso de secularización social y de las instituciones iniciado el siglo anterior y frenado por el dominio coalicionista de los últimos años. En el caso de Tarapacá, quien, es enarbolaron la bandera liberal-laica fueron los radicales a los cuales correspondía al extremo “izquierdo” del espectro político institucional, feroz adversario de los conservadores. Por ello, la campaña de 1915 también era un hito: además de derrotar a un feudo corrupto, se trataba de la hora de los “partidos del progreso, basados en la ciencia”<sup>18</sup>. Dado el contexto histórico en que se produciría la elección, la modernización de las instituciones se hacía urgente.

En ese marco se produjo la decisión de ofrecer a Arturo Alessandri la senaturía por Tarapacá como candidato de la Alianza Liberal, la cual en diciembre de 1914 había reafirmado su acuerdo para combatir a la Coalición. Hasta esa fecha, como es de público conocimiento, Alessandri había sido diputado por Curicó durante dieciocho años, como parte de la Coalición hasta 1912 y luego como liberal independiente. La decisión de escoger a Alessandri fue del Partido Radical tarapaqueño. Unidas por un pacto electoral con los demócratas y los liberales, las tres colectividades decidieron presentarse juntas en todo el país en las elecciones a celebrarse en marzo, abril y junio dispuestos “a librar una batalla en favor del derecho conculcado de las libertades aherrojadas”<sup>19</sup>. De acuerdo al pacto, los radica-

<sup>18</sup> LPR (Iquique), 8.1.1915.

<sup>19</sup> Claudio de Alas *Arturo Alessandri. Su actuación en la vida pública 1869-1915* (Stgo., 1915), 177; Cruz, *op. cit.*, 145-147; Justo Franco, *El futuro Presidente* Santiago, 1918, 11-13.

les podrían llevar un senador por Tarapacá y un diputado, y los demócratas un diputado. Sin embargo, la posibilidad de que los radicales levantaran su propio candidato era más bien remota. Según la interpretación de Claudio de Alas, los radicales no tenían un hombre capaz de ganarle a Del Río, carecían de un "Julio César". El radicalismo iquiqueño parece haber estado cruzado por tendencias internas que habrían impedido la elección de un candidato de consenso, como lo reveló la elección municipal meses más tarde. Por otra parte, y como ha planteado Scully, la polaridad del sistema político tradicional —radicales vs. conservadores— daba a los liberales un papel mediador entre las fuerzas en pugna. De allí que la opción por un candidato liberal como Alessandri nos parece más bien una decisión política. De hecho, la primera alternativa planteada fue la candidatura del liberal-democrático Oscar Viel, quien a pesar de pertenecer al mismo partido que el cacique local, daba garantías de corrección administrativa. Sin embargo, la Junta Directiva de ese partido volvió a apoyar a Arturo del Río<sup>20</sup>. Tal decisión hizo imperativa la búsqueda de un candidato capaz de imponerse. La elección recayó en el liberal Arturo Alessandri Palma.

De acuerdo a la versión del propio Alessandri, su nombre surgió en la desesperación radical por encontrar un candidato que reemplazara a Viel y que reuniera ciertas condiciones mínimas para pensar en una victoria factible. Tales habrían sido su verba fogosa, sus discursos en "temas de trascendental importancia para el país" y, sobre todo, por ser un hombre dispuesto a la lucha. Luego de una serie de evasivas, Alessandri aceptó. Entre las razones arguidas por este, en ningún momento figuró la temática social. Se sumó a la campaña de regeneración liderada por Víctor Domingo Silva y el propio Partido Radical de Tarapacá: "...me pedían emprendiera... una verdadera campaña libertadora y de independencia, ya que se trataba de volver una sección del territorio de la República al amparo de la Constitución y las leyes, ya que en el hecho no imperaba allí, por obra del abuso y de la más desenfundada corrupción administrativa"<sup>21</sup>.

La decisión de Alessandri de aceptar dicha candidatura revela la presencia de rasgos políticos atípicos para los honorables de la época. Ello, en primer lugar, implicó abandonar la seguridad que significaba repostular a la diputación por Curicó, donde su elección no revestía duda. Así mismo, desligarse de la Coalición planteaba un distanciamiento con su padrino político

---

<sup>20</sup> Armando Donoso, *Conversaciones con don Arturo Alessandri*, Santiago, 1934, 59-60. Respecto a las resistencias que el nombre de Alessandri provocaba entre algunos liberales y radicales tarapaqueños, Augusto Iglesias, *Alessandri. una etapa de la democracia en América*, Santiago, 1960, 333.

<sup>21</sup> Armando Donoso, *op. cit.*, 60-62, y De Alas, *op. cit.*, 184-185.

—Fernando Lazcano—, a quien debía toda su carrera parlamentaria. En tercer lugar, ponía en peligro su mantención en el Congreso, dadas las escasas posibilidades de éxito. De hecho, según la versión de Claudio de Alas, todos los candidatos previos a Alessandri a quienes se ofreció la senaturía la rechazaron porque era un batalla perdida. Sin embargo, Alessandri aceptó. ¿Por qué? Desde nuestra óptica, la razón puede hallarse vinculada al desafío que significaba, que tentaba sus rasgos temerarios y de vanidad. De acuerdo a sus biógrafos, la decisión la tomó en el momento en que Arturo del Río lo amenazó si aceptaba el ofrecimiento radical: “si usted —le habría dicho— comete el disparate de aceptar la candidatura que se le ofrece, y si quiere dejarse robar su dinero, no logrará sus propósitos porque si usted llega por allá lo haré fondear”<sup>22</sup>. Como fuere, lo social no tuvo ninguna relación con su llegada a la principal provincia salitrera.

No obstante, ya dentro de la presentación de la candidatura en el seno de la Asamblea Radical de Iquique se argumentó como una de las razones de su nominación el tema obrero: “Orador reconocido más allá de las fronteras, ha levantado su voz muchas veces en la Cámara de Diputados...para defender los intereses de la clase obrera”<sup>23</sup>. En otras palabras, nuestra propuesta apunta a que la creación del mito de Alessandri como un caudillo popular proviene no de su actuación política real durante la campaña de 1915, sino de la necesidad de los sectores radicales que lo eligieron como su abanderado, de legitimarlo ante sus adversarios. Tanto de un sector de los propios radicales iquiqueños que deseaban un candidato propio, como de los ataques lanzados por la prensa conservadora y socialista. La nominación de Alessandri fue duramente criticada por esos bandos, pues se trataba de un ex coalicionista. Para los conservadores, “el Sr. Alessandri viene a comprar la senaturía porque no ha de interesarse por una provincia en la que no tiene interés alguno ni ninguna relación”. Por su parte los socialistas aducían que “Candidato a senador por los regeneradores de Tarapacá...18 años diputado por Curicó. Nadie le conoce ninguna labor por el pueblo ni por ningún progreso”<sup>24</sup>. La campaña, por tanto, se presentaba ardua, dados los numerosos adversarios que habría de enfrentar. Ganar era un imperativo, por más de una razón.

Ante tal coyuntura, el radicalismo tarapaqueño comenzó a diseñar en torno de Arturo Alessandri un discurso que lo fue convirtiendo lentamente en

<sup>22</sup> Fidel Araneda B., *Arturo Alessandri Palma*, Santiago, 1979, 41; Augusto Iglesias, *op. cit.*, 333.

<sup>23</sup> *LPR* (Iquique), 5.1.1915.

<sup>24</sup> *La Patria (LPT)* (Iquique), 20-1.1915; *El Despertar de los Trabajadores (EDT)* (Iquique), 7.1.1915.

un caudillo popular, con un “nutrido” currículum a su haber. El recurso más socorrido —y casi el único, por lo demás— fueron los discursos pronunciados en 1907 por el entonces diputado por Curicó con motivo de la masacre de la Escuela Santa María de Iquique. En aquella ocasión, Alessandri fue el único parlamentario liberal que levantó su voz para protestar por la actuación gubernativa<sup>25</sup>. En medio de la contienda política, en esa primera presentación a la asamblea a comienzo de enero de 1915, los radicales alessandristas argumentaron el carácter inflexiblemente liberal y popular de su candidato, recordando su actuación en 1907: “A raíz del luctuoso suceso del 21 de diciembre de 1907 ...el diputado... don Arturo Alessandri tuvo palabras de fuego para censurar la actitud incomprensible de las autoridades de Tarapacá... Mediante aquella famosa interpelación que debían llevar escrita en su pecho todos los obreros de la más homérica de las provincias de Chile, se formó la conciencia de que aquellos hechos pudieron evitarse”<sup>26</sup>. Esta transformación de Alessandri en el defensor de la causa proletaria se fue estructurando en las semanas previas a su llegada a Iquique, el 24 de enero.

En efecto, durante ese lapso la lucha política en Tarapacá entre balmacedistas y radicales adquirió ribetes dramáticos, pues los enfrentamientos de palabra y de hecho eran diarios y la policía tenía que intervenir constantemente. El ambiente que se vivía en la principal provincia salitrera en los meses previos al acto electoral era de una violencia desatada. Arturo del Río estaba decidido a mantener su hegemonía en la zona, para lo cual mantuvo una política represiva en contra de sus opositores, que enardeció los ánimos. Al acercarse la fecha de las elecciones, las denuncias por despidos de entidades fiscales a personas que se negaban a pertenecer al partido balmacedista, o por rebajas de salarios, proliferaron, como también los amedrentamientos físicos. Los encuentros en las plazas Prat y Condell daban lugar a verdaderas batallas campales, las cuales terminaban con un nutrido número de heridos y presos. Ambos partidos se acusaban de mantener una banda de “matones”, a quien responsabilizaban de las hostilidades<sup>27</sup>.

En medio de una campaña de este tipo, los radicales sacaron el mayor provecho político posible, resaltando el carácter libertario de Alessandri, para lo cual usaron los sucesos de Santa María. A comienzos de enero, una

---

<sup>25</sup> Los otros parlamentarios fueron Angel Guarello, Bonifacio Veas y Malaquías Concha, demócratas. El contenido de los discursos de Alessandri en diciembre de 1907 y los primeros meses de 1908, a raíz de lo ocurrido, será tratado en la próxima sección.

<sup>26</sup> *LPR* (Iquique), 5.1.1915.

<sup>27</sup> *AIT*, vol. 20, Notas de Policía-1915, Dcto. N° 168, 12-1.1915; Dcto. N° 173, 18.1.1915; Dcto. N° 38, 23.1.1915; *El Tarapacá (ET)* (Iquique), 25.1.1915.

alocución del presbítero Daniel Merino, coalicionista, dio lugar a violentos incidentes, obligando a la policía a actuar, lo cual sirvió como pretexto para asemejar esa violencia a la usada por las autoridades en 1907: "Anoche la ciudad de Iquique ha estado a punto de ser víctima de otro hecho sangriento y cruel como lo fue la matanza de triste recordación, verificada hace siete años en la plaza Santa María"<sup>28</sup>. Evidentemente, lo acaecido no tenía parangón con lo ocurrido a fines de 1907. Sin embargo, el discurso levantado era el de un nuevo ataque conservador-coalicionista en contra del pueblo de Iquique, un pueblo amante de la libertad. Por eso "el pueblo de Tarapacá no olvidará jamás la actitud que el Sr. Alessandri asumió con ocasión de los dolorosos sucesos de diciembre de 1907. La noticia del alevoso ametrallamiento de centenares de obreros indefensos hirió en lo más hondo sus sentimientos de patriota y de verdadero demócrata y su verbo... resonó entonces en la Cámara con rudas vibraciones de acusación y protesta". Dado el carácter de lucha regeneradora que asumía la campaña de la Alianza Liberal en Tarapacá, en contra de la combinación política que no respetaba los derechos ciudadanos, que los conculcaba una y otra vez, como lo demostraba simbólicamente la masacre obrera de 1907, Alessandri se convertía en "el hombre" del momento, el hombre que la campaña depuradora necesitaba. Regeneración y defensa de los intereses y derechos del pueblo se volvieron identificables. Así, "Alessandri hará repercutir en el seno de la Alta Cámara hasta el más humilde de los clamores que el dolor o la miseria arranquen al pueblo trabajador en esta apartada provincia... Alessandri rematará nuestra obra de regeneración social y política lanzando a la faz misma del gobierno su anatema tremendo contra los corruptores y explotadores de Tarapacá. Así será el verdadero representante del pueblo"<sup>29</sup>.

Todo esto no fue sino un artificio, propio de la campaña, pero que tuvo efectos insospechados. Al sacar a relucir el tema de Santa María, rediseñaron la imagen de Arturo Alessandri y le dieron una plataforma que por la coyuntura histórica tenía un potencial mayor de lo esperado. Tanto así, que el propio Alessandri tomó el discurso radical tarapaqueño y lo hizo suyo, aunque aún tímidamente. A su llegada a Iquique, durante su primer discurso, el candidato de la Alianza Liberal hizo recuerdos de su carrera parlamentaria, en particular el debate acerca de Santa María, el cual calificó "de crimen abominable", acusando al Ministro del Interior de cometer un "delito de lesa humanidad al autorizar el asesinato, de que las armas forja-

---

<sup>28</sup> *LPR* (Iquique), 10.1.1915.

<sup>29</sup> Ambas citas están extraídas de *LPR* (Iquique), 20 y 22.1.1915.

das para defender la ciudadanía nacional se utilizaron para destrozarse el pecho de los obreros que sentían deseos de libertad”<sup>30</sup>. La Alianza esperaba que este antecedente descollante de la carrera política de Alessandri empujaría a las masas a votar por él. Santa María se convirtió, así, en un arma a esgrimir contra el abuso, un emblema de dignidad y de redención. De esta forma, entonces, nació el mito del caudillismo popular alessandrista.

Al momento de su arribo a Iquique el 24 de enero, la Alianza Liberal provincial tenía preparada no sólo la plataforma popular y obrerista del nuevo caudillo, sino también un magno recibimiento en el puerto, al cual asistieron aproximadamente 2.000 personas. Una vez que descendió del vapor, la banda eslavaba entonó “La Marsellesa”, mientras Alessandri encabezaba el desfile preparado hasta el Chalet Suisse desde donde se hicieron los discursos. En aquella oportunidad, el abanderado aliancista puso de manifiesto su carácter desafiante, al asegurar a las masas no ir a Tarapacá “para combatir, sino para triunfar” y que ello depuraría la provincia<sup>31</sup>.

Durante esta estadía en Tarapacá —una semana—, Alessandri realizó más bien un reconocimiento de la situación para los comicios a celebrarse en marzo. De acuerdo a algunas versiones históricas, fue en esta ocasión que Alessandri se puso en contacto con el mundo obrero y habría nacido el redentor del proletariado. Se ha afirmado que constató el estado de abandono en que se encontraba la zona, habría escuchado las quejas de los obreros y sus arengas habrían sido “de gran combatividad”. Así mismo, se dice que “Los diarios de Iquique cuentan las largas visitas que el candidato realizó a los comedores de los desempleados”<sup>32</sup>. En primer lugar, parece pertinente comentar que los periódicos iquiqueños de la época no reproducen in extenso los discursos de ningún político; a lo más partes del mismo. En general lo que se estilaba eran reproducciones de los periodistas. En otras palabras, salvo un Manifiesto que dejó a sus electores y que fue publicado el día de su partida, no ha sido posible encontrar discursos directos de Alessandri y

<sup>30</sup> *LPR* (Iquique), 26.1.1915 y *ET* (Iquique), 26.1.1915. La campaña era tan evidente que desde el 29 de este mes *La Provincia* comenzó a reproducir el primer discurso de Alessandri en la Cámara con motivo de Santa María. Tal estratagema electoral fue rechazada por sus opositores, quienes la descalificaron por ser “no patriótica”. Véase *LPT* (Iquique), 27.1.1915. Durante su posterior carrera política, Alessandri afirmó haber visitado Iquique a raíz de lo ocurrido en Santa María, cuestión que ha sido desmitificada por algunos historiadores. Sin embargo, nos parece sintomático que Claudio de Alas, quien escribió su libro acerca de Alessandri a pocos meses de su elección senatorial, asegure que su viaje fue en febrero de 1908. Para la negativa, Cruz, *op. cit.*, 154, y para la reafirmación De Alas, *op. cit.*, 148.

<sup>31</sup> *LPR* (Iquique), 26.1.1915; *ET* (Iquique), 26.01.1915.

<sup>32</sup> La primera afirmación corresponde a Virginia Krzeminsky, *op. cit.*, 229; para la segunda, Nicolás Cruz, *op. cit.*, 155.



mucho menos con los trabajadores. Las actividades realizadas por él se refirieron a una serie de banquetes que le fueron ofrecidos, ya fuera por la Alianza Liberal, por el radicalismo y siempre ocurrieron en clubes sociales de elite. La única referencia a un acercamiento del candidato a los trabajadores fue una denuncia hecha por los balmacedistas, quienes aseguraron que Alessandri visitó a los cesantes reunidos en el hipódromo. Al decir de la prensa coalicionista, Alessandri "se compadeció de su triste situación y prometió ocuparse de ellos apenas sea senador". Sin embargo, tal afirmación estaba relacionada con el interés balmacedista de afirmar la apatía de los obreros respecto del candidato aliancista, a quien habrían recibido hoscamente<sup>33</sup>. Aunque es probable que esta información haya sido distorsionada, la pregunta es por qué la prensa alessandrista no habría de consignarla si fue ella quien creó la plataforma obrerista y social de Alessandri. Esto, sin contar con que ninguna prensa iquiqueña relató acercamientos posteriores de Alessandri al mundo laboral. Es decir, nuestra impresión es que en esta campaña no hubo acercamiento al mundo obrero, sino el preparado previamente por sus aliados políticos. Es verdad que se realizaron algunos desfiles públicos de la Alianza Liberal, bastante multitudinarios, pero casi nunca se hacía mención a la presencia de trabajadores, sino más bien al pueblo radical o liberal.

En el fondo, lo que se quiere plantear es que la campaña del año 1915 fue en algunos sentidos discursivamente social. Se rediseñó el historial político de Alessandri, con los argumentos ya señalados, y el propio Alessandri lo adoptó en alguna medida. Pero la campaña se atuvo, fundamentalmente, a su carácter de regeneración política. Con ello, no obstante, se pusieron los pilares para un futuro acercamiento a las masas, para su posterior emergencia como caudillo popular, quien es probable haya descubierto entonces el potencial político de los obreros.

Al abandonar Iquique, a fines de enero, la situación social en Tarapacá se deterioró, pues dada la intención empresarial salitrera de hacer recaer los costos de la crisis en los trabajadores, comenzaron a producirse conflictos entre el capital y el trabajo. Al mismo tiempo, la contienda política recrudesció. A comienzos de febrero el abogado radical Alejandro Cuadra se enfrentó a balazos con un grupo de "matones" balmacedistas y, según las denuncias aliancistas, la policía nada hizo para evitar el asalto de que fue objeto. A mediados del mismo mes, el Ministro del Interior demandaba del Intendente de Tarapacá información acerca de acusaciones de prisiones arbitrarias en contra de amigos de la candidatura Alessandri. Por su parte, el senador Del Río interpuso una demanda

---

<sup>33</sup> *LPT* (Iquique), 29.1.1915.

contra los directores de la Alianza Liberal en Iquique por agresiones verbales y físicas que le habrían infligido unos veinte individuos —también calificados de matones— desde los altos del edificio de esa combinación política. Este ambiente recibió su coronación a fines de febrero cuando el policía Maira fue asesinado en las calles de Iquique, mientras el candidato aliancista denunciaba en la Cámara de Diputados la intervención del gobierno en la provincia salitrera, retando a duelo al Ministro del Interior<sup>34</sup>.

Sin duda, este tipo de sucesos fue preparando el ánimo de Alessandri, pues se fue enfrentando a situaciones completamente nuevas en términos de lucha política. En el afán aliancista tarapaqueño por derrotar a Del Río, fueron involucrando a su candidato cada vez más en el clima particular que invadía la política local y lo fueron empujando a dar por primera vez en toda su carrera parlamentaria una pelea, a enfrentar una elección como una verdadera lucha política. En ese marco, es probable que Alessandri descubriera el potencial político popular. El debía ganar esa elección, no por ser el adalid de los pobres y de la justicia social, sino porque se trataba de un combate plenamente político contra un cacique. Para eso necesitaba todos los votos que movían los radicales, liberales y demócratas, particularmente los votos obreros, dado el carácter eminentemente proletario de la provincia; pero votos ya trabajados previamente por esas colectividades. Cuando llegó, como se ha visto, la plataforma estaba lista, pero él la descubrió. Es un descubrimiento, en tanto hasta entonces su accionar político se había realizado en un área del territorio nacional donde la politización del mundo popular “desde arriba” era innecesaria, al menos movilizadoramente. Los terratenientes no cohechaban a sus campesinos, a quienes llevaban a votar y luego ofrecían una cena especial. Los cohechadores en las zonas agrícolas no eran los patrones, sino los ajenos a la hacienda. Durante dieciocho años Alessandri tuvo los votos asegurados, a pesar que se asevera que en 1897 visitó todos los pueblos del lugar y por eso obtuvo una votación tan alta. Aunque hubiese sido así, tal estrategia electoral era irrelevante. En 1915, al contrario, por primera vez tuvo que luchar por su cargo en el Congreso, fue su primera experiencia política moderna, donde cada voto contaba. Tal vez allí por vez primera, aunque incipientemente todavía, se unió en su mente esa mixtura de “cuestión social/cuestión política”. Como le recordaría la oposición: “Tenga la seguridad absoluta Sr. Alessandri que en Tarapacá tendrá que luchar”<sup>35</sup>.

<sup>34</sup> Para estos sucesos, consúltese *AIT*, vol. 12, Ministerio del Interior-1915, 2, 16, 19, 22, 23 y 27.2.1915. También *LPR* (Iquique), 4, 5 y 14.2.1915 y *LPT* (Iquique), 16.2.1915.

<sup>35</sup> *LPT* (Iquique), 27.1.1915. Respecto a la votación obtenida en 1897, Samuel Gajardo, *Alessandri y su destino*, Santiago, 1951, 66.

Esta apuesta eminentemente política queda mejor reflejada en su Proclama publicada el día de su partida, dirigida no al pueblo obrero, sino “a los electores de Tarapacá”. En ella los llama a defender el triunfo de la causa liberal que sería el “sepulturero” del funesto régimen existente. Aceptando el apodo de “Cóndor” que le había asignado el demócrata Luis M. Concha, Alessandri promete que tal apelativo expresará su desafío ante quienes pretendieran conculcar sus derechos, pues a “la bala del asesino” debía responderse con la fuerza del músculo y la potencia de las ideas: “cuando al calor de nuestras ideas os reunáis en comicio público mostrad vuestra fuerza electoral asistiendo todos en masa... pensad que podrá haber caudillos y matones en las tierras del sur que nos legaron nuestros mayores de España, donde hay haciendas e inquilinos, pero jamás podrán hacerlo en estas tierras adquiridas realmente con moneda más valiosa que la libra esterlina, con la sangre del soldado y del roto chileno”<sup>36</sup>. Aunque más abajo en el texto lamenta no haber dirigido este manifiesto al pueblo, el hacerlo a los electores deja en evidencia el carácter de la lucha a emprender, no social, sino política: los electores eran los importantes, a quienes debía atraer, pues serían quienes dirimirían el resultado. A diferencia de Curicó, en Tarapacá tendría que luchar por esos votos.

Al volver a Iquique en marzo del mismo año para la elección, el recibimiento fue bastante similar al de enero. En esta ocasión, con todo, una niña del pueblo le obsequió un ramo de flores, mientras las verduleras lanzaban otras como gesto de bienvenida al candidato. A pesar de esto, el discurso pronunciado por él —al menos lo reproducido— se refirió a sus trajines en Santiago en esas semanas para obtener del gobierno coalicionista garantías para realizar los comicios bajo el imperio de la libertad electoral y la seguridad que los derechos ciudadanos no serían pisoteados, para lo cual confiaba en la acción del nuevo Comandante de Armas, general Sofanor Parra<sup>37</sup>. Es decir, no hubo alusión a los trabajadores a menos de una semana de la elección. Su acción siguió enmarcada en la campaña de regeneración desarrollada por Víctor Domingo Silva y la Alianza. Con todo, su estilo apasionado parece haber empezado a conformarse: “...y recordó a los oyentes que conforme a su promesa, había dado pruebas de estar enteramente dispuesto a impedir por todos los medios, y sacrificando su vida si fuere necesario, que fuese atropellado en Tarapacá el sagrado derecho del sufragio”<sup>38</sup>. Supone-

<sup>36</sup> *ET* (Iquique), 31.1.1915.

<sup>37</sup> *LPR* (Iquique), 2.3.1915; *ET* (Iquique), 2.3.1915.

<sup>38</sup> *LPR* (Iquique), 2.3.1915.

mos que estas palabras hacían alusión a sus denuncias en la Cámara en contra de la intervención del gobierno y su duelo con el Ministro del Interior, Pedro Montenegro.

En los días previos a la elección, el principal diario alessandrista –todavía en manos de Silva– comenzó a recalcar la importancia del sufragio. Este punto nos parece importante, porque creemos que parte de la estrategia electoral aliancista, a la que se sumó Alessandri, fue revalorizar el voto. Dada la estructura social y la distribución política de Tarapacá, como hemos señalado en páginas anteriores, la lucha por el voto tenía una significación que no existía en las zonas más tradicionales, por lo cual la politización popular había sido inducida. A pesar de ello, nos parece que en esta ocasión electoral –1915– se quiso dotar al voto de un cierto poder político, relacionado con la campaña de la regeneración. El voto ya no era una mera cuestión de tiendas políticas en pugna, sino una herramienta para derribar un régimen oprobioso y recuperar la libertad y los derechos legales: “¡Babilonia: tus días están contados! ¡Jericó: crujen tus murallas en estos instantes y mañana caerán al toque de apocalípticas trompetas! ...quince años de impunidad...van a recibir sanción formidable en las urnas electorales. ¡Pensad en esto, ciudadanos! ¡Pensad que del sencillo acto de depositar vuestro sufragio depende la cesación absoluta y definitiva de aquel régimen...! ¡Ciudadanos! No hay arma tan maravillosa como el voto popular...no hay puñal, no hay espada, no hay ariete, no hay revólver ni explosivo que se le pueda comparar...”<sup>39</sup>. Aunque en toda campaña electoral el discurso político tendía a solemnizar el sufragio, la particularidad de la elección senatorial de 1915 parece haber dado al voto una connotación ética, tanto como de responsabilidad.

Pero el tema del sufragio es importante, también, en otro sentido. En efecto, la campaña diseñada por la Alianza Liberal tarapaqueña, a pesar de su violencia, se ajustó a las prácticas parlamentarias tradicionales. No hubo un intento de movilización de los sectores populares más allá de lo que cabía dentro de un orden liberal: el voto como la principal arma. Es verdad que se realizaron mitines, pero la lucha final se jugaría en las urnas, incluyendo posiblemente el cohecho.

El regreso de Alessandri estuvo rodeado de acusaciones de preparación de incidencias armadas. Se denunció que llegaba acompañado de una “corte de matones”, a la cabeza de un ex oficial del regimiento Carampangue. Así mismo, según la prensa conservadora, Alessandri habría enviado a Iquique

---

<sup>39</sup> LPR (Iquique), 3.3.1915.

un cargamento de armas, el cual habría sido sacado de la Aduana mediante soborno a un empleado. El objetivo habría sido amedrentar a sus opositores<sup>40</sup>. Estas denuncias parecen haber sido verídicas, en algún sentido. En primer lugar, Alessandri efectivamente llegó con un grupo de guardaespaldas, dada la situación de violencia física que se vivía en la provincia. Dos días antes de la elección se produjo el conocido enfrentamiento a balazos en el edificio del Telégrafo de la ciudad de Iquique entre él, sus cercanos, la policía y elementos balmacedistas, del cual resultó muerto el Prefecto Rogelio Delgado, principal aliado del senador Del Río y de un eventual triunfo de la Coalición. A pesar de las acusaciones mutuas, el sumario instruido no logró esclarecer lo sucedido, aunque estableció la inocencia de Alessandri en los hechos<sup>41</sup>. En ese marco de violencia, la prensa alessandrista en Tarapacá se abocó preferentemente a mantener la atención en los comicios a celebrarse el 7 de marzo, insistiendo en el carácter purificador y liberador que tenía el emitir un voto responsable: “¡Ciudadanos de Tarapacá! ¡Acudid a las mesas a sufragar por los candidatos de la Alianza Liberal! ¡Salvad la provincia y salvad el liberalismo! ¡De nuestro voto depende vuestro porvenir! ¡A las urnas! ¡A las urnas!”<sup>42</sup>. Como se observa, la campaña siguió insistiendo en su carácter eminentemente liberal-político, sin intentar siquiera movilizar al pueblo para que defendiera de otra forma la pureza del acto eleccionario o a su candidato, a quien, según la versión aliancista, se había intentado asesinar.

El día 7 de marzo de 1915 el candidato de la Alianza Liberal, Arturo Alessandri, derrotó al caciquismo local y ganó la elección senatorial por más de mil votos al hasta entonces parlamentario provincial, Arturo del Río. Una vez en Santiago, Alessandri mantuvo la tónica política de su campaña, interpretando su victoria como la del liberalismo: “el país se ha cansado del funesto y pernicioso régimen coalicionista y ha sonado la hora del triunfo del liberalismo para afianzar para siempre en el gobierno a la Alianza Liberal a cuya sombra el país ha conquistado sus más grandes libertades”<sup>43</sup>. En otras palabras, el mérito de la campaña de 1915, según su abanderado, no era haber traducido las aspiraciones de justicia social ni haberse convertido en su caudillo, sino en el triunfo liberal en la pugna con el clericalismo y el

<sup>40</sup> LPT (Iquique), 1.13.1915; *El Diario Ilustrado (DI)*, (Stgo.), 7.3.1915.

<sup>41</sup> Una versión inculpadora puede encontrarse en Ricardo Donoso, *Alessandri, agitador y demoleedor*, México, 1954, tomo I, 167-173, y en *DI* (Stgo.), 7 al 13.3.1915. El sumario y la versión contraria LPR (Iquique), 6.3.1915; 27-30.4.1915 y 1 y 2.5.1915, en Samuel Gajardo, *op. cit.*, 78; Augusto Iglesias, *op. cit.*, 337-341.

<sup>42</sup> LPR (Iquique), 7.3.1915.

<sup>43</sup> LPR (Iquique), 20.3.1915.

conservadurismo. Como lo ratificó en el Parlamento durante sus descargos: "El país entero sabía que la lucha electoral en Tarapacá... imponía grandes... responsabilidades... para afianzar el ejercicio libre del derecho a sufragio. El país entero sabía que desde hace 20 años Tarapacá atravesaba una situación anormal y que sus servicios públicos habían llegado al más alto y deplorable estado de desorden y corrupción. Estos antecedentes hacían que la campaña de Tarapacá más que una lucha política fuera una verdadera contienda en que el pueblo se levanta luchando por su libertad, por conquistar el imperio efectivo de la Constitución y de las leyes..". En otras palabras, la campaña de 1915 habría sido una gesta heroica del liberalismo.

Esta naturaleza proponderamente política-liberal, y no social, del triunfo senatorial de Alessandri en 1915, quedó plenamente corroborada al aproximarse la batalla presidencial. Las aspiraciones presidenciales aliancistas fueron justificadas en razón de la elección en Tarapacá, al afirmarse que la tarea de esta combinación partidaria era "labor de regeneración". Así como había ocurrido en Tarapacá, la Alianza Liberal "tiene ahora en sus manos la tarea de destruir derrumbando a su creador y por hoy su única cabeza visible, el régimen corrompido y desquiciador establecido por él en toda la República.."44. La victoria en Tarapacá era el augurio de una victoria mayor, era la punta de lanza para la llegada de la hora liberal, secularizante. Tal como el propio Alessandri lo expresó: "...la campaña de marzo en Tarapacá es nada ante la colosal actuación que el país entero debe sostener para defender el legítimo triunfo del candidato (presidencial) de la Alianza Liberal"45. Fue en ese marco donde nació el "León de Tarapacá. Un "León" que era, originalmente, el símbolo de la aurora liberal.

## 2. "NO ESTAMOS JUGANDO SERPENTINAS, ESTAMOS GANANDO UNA ELECCIÓN": EL RUGIDO DEL LEÓN

El impacto que el triunfo alessandrista produjo en las filas liberales, se reflejó especialmente en un renacimiento de sus ambiciones presidenciales para la elección a celebrarse en junio de 1915. Los candidatos que se enfrentaron, finalmente, fueron Emiliano Figueroa, por la Alianza, y Juan Luis Sanfuentes, por la Coalición. No obstante, desde el resonante resultado de marzo en Tarapacá, el nombre de Alessandri comenzó a circular como posi-

44 LPR (Iquique), 3.6.1915.

45 LPR (Iquique), 1.8.1915.

ble candidato. El tinte depurador que se le asignó, llevó a muchos liberales a pensar que era la figura precisa para enfrentar al líder del balmacedismo, pues: “el vencedor de la Bastilla de Tarapacá, (es) el vencedor de las enfermedades de la patria... el pueblo de tu patria, don Arturo Alessandri, te abrió las puertas del Senado de la República... El pueblo de esta patria, mañana, te ha de abrir las de la presidencia. Espera”<sup>46</sup>.

Las aspiraciones presidenciales despertadas en el “León de Tarapacá” son importantes en tanto de alguna manera se relacionan con el mito del caudillo popular. Como se señaló en la sección anterior, fue la campaña de 1915, supuestamente, la que convirtió a Alessandri en el líder de la causa obrera. Lo planteado en este trabajo busca desmitificar tal imagen. Este propósito lleva consigo la hipótesis que por lo menos hasta 1919 Alessandri no asumió ese carácter. La impresión que dejan las fuentes es que una vez decidido a obtener la primera magistratura, la meta era lograr el apoyo mayoritario dentro de los partidos de la Alianza Liberal, un objetivo político, y el discurso social quedó relegado a una posición secundaria. Este no adquiriría un lugar más destacado sino hasta que el impacto económico y social de la Primera Guerra Mundial sobre Chile tomó tonos dramáticos, reforzando la importancia de los sectores populares alfabetos como mercado electoral. Fue, entonces, en las puertas de la elección presidencial de 1920, que el “León de Tarapacá” se autodenominó el caudillo de la causa social y se movió en ese registro.

A pesar de lo anterior, Alessandri parece haber tenido bastante claridad respecto a cómo debía enfrentarse el problema social en Chile. En efecto, tempranamente en su vida política adoptó una posición moderna respecto del tema, es decir, siguiendo la tendencias de la época en Europa. Desde fines del siglo XIX Alessandri fue partidario de una intervención del Estado en la solución de los conflictos sociales y en la regulación de las relaciones con los patrones. Tal percepción, sin embargo, se mantuvo latente a lo largo de su vida parlamentaria, lo cual, a nuestro juicio, respondió a la escasa importancia política que el mundo obrero tenía para Alessandri como mercado electoral. Como se indicó, su diputación no dependía de votos de ese tipo por tratarse de un mercado cautivo. La elección de 1915 lo enfrentó por primera vez a una lucha real; en el caso de 1920 la situación era bastante similar, pero a nivel nacional. Para derrotar a la Unión Nacional requeriría de todos los electores susceptibles de atraer. En ese momento el sufragio popular pasó a ser vital y allí emergió el caudillo de la causa obrera. En

---

<sup>46</sup> Claudio de Alas, *op. cit.*, 234-235.

1920, por tanto, se produjo una conjunción entre las necesidades políticas de Alessandri para obtener la presidencia y su claridad respecto de la "cuestión social". Aquello que existía, pero era políticamente innecesario, emergió en la mítica campaña de 1920 como parte de una reforma imprescindible en el marco de una crisis económica y social.

Para comprender este proceso se hace necesario retrotraer el análisis a finales del siglo XIX, al momento en que Alessandri se convirtió en un flamante abogado. Como se ha señalado en otros trabajos, su memoria de prueba versó acerca de las habitaciones obreras y fue defendida en 1892. Ella se inscribió dentro del activo, pero no generalizado, debate público respecto de la "cuestión social" y particularmente de la vivienda popular. Alessandri insertó su tema dentro de una problemática que percibía como común al mundo moderno de la época. De hecho, el tema de la tesis fue producto de su cercanía con Valentín Letelier, uno de sus "maestros", quien influyó decisivamente en ella. Para Alessandri, como para muchos de los interesados, la mala calidad de las habitaciones obreras conllevaba dificultades de orden higiénico y moral, a las cuales Alessandri sumó las económicas. De acuerdo a su óptica, tal realidad afectaba el estado sanitario y de salud de la población, por tanto a la "raza". Una preocupación pública del problema implicaba enfrentar científicamente el asunto: "la mortalidad creciente del pueblo, las epidemias no son el resultado de la cólera divina... la ciencia, ella es quien nos prescribe la atención preferente al mejoramiento higiénico de las habitaciones de obreros"<sup>47</sup>. La solución también requería la acción moralizante de un hogar bien constituido que los alejaría del alcohol y la delincuencia, frutos de la miseria. Alessandri criticaba la postura sancionadora respecto de los "vicios" del pueblo, pues el castigo no erradicaba la raíz del mal. Era la sociedad quien debía tomar las medidas necesarias en lugar de castigar. En estos ámbitos, Alessandri se mantuvo dentro de los límites en los cuales discurría el debate de la "cuestión social" en la época. De acuerdo a la interpretación de Krzeminsky el trasfondo de estas preocupaciones era de índole benefactora, más que de justicia. Con todo, nos parece que la mirada europeizante en la cual Alessandri se colocó, reflejaba un modernismo que rebasaba primariamente lo benéfico. Sus modelos eran Francia y Alemania, países que tempranamente elaboraron una legislación

---

<sup>47</sup> Arturo Alessandri Palma, "Habitaciones para obreros", Memoria para optar al grado de Licenciado en la Fac. de Leyes y Ciencias Políticas, Santiago, 1893, en Sergio Grez, *La cuestión social en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)* Santiago, 1995, 389-390. Todo lo referente al tema de la vivienda popular será extraído de este texto. Respecto de Valentín Letelier, Augusto Iglesias, *op. cit.*



social para encarar la situación de los obreros. Esto se reafirma con el carácter económico que asignó al problema. Para Alessandri, el obrero era “una fuerza productiva, es un rodaje de la gran maquinaria industrial... la energía y la fuerza del conjunto dependerá del vigor individual, lo cual no existe cuando el obrero no conoce el reposo del hogar...”, afirmaba en su Memoria. Desde nuestra perspectiva, existía en Alessandri una comprensión embrionaria de la necesidad de una regulación de las relaciones laborales. Sin el obrero no habría producción, es decir, sin preocupación social no habría crecimiento económico. Debe destacarse que Alessandri hizo estos planteamientos en un momento de auge económico, de lo cual se colige que el bienestar social era concebido como una tarea pública, pues era un requisito de la prosperidad. Alessandri no descartaba la presencia de los agentes privados, pero dudaba de su eficacia para extirpar el mal, dado que “en todo el mundo se ha mostrado impotente”. Era el Estado el llamado a intervenir “como el único poder capaz de impedir las funestas consecuencias de la mala habitación del pobre y como el guardián celoso y obligado de los intereses generales de la comunidad”. Como liberal, no pretendía que el Estado reemplazara a los privados, sino que debía “estimular la iniciativa particular, suprimiendo algunas cortapisas... (pues) la acertada solución de semejante problema requiere la recíproca intervención del Estado, de los obreros y de los empresarios”. La mirada social de Alessandri excedía los marcos de la beneficencia, desde que intuía la necesidad de un Estado más activo; se trataba del Estado Benefactor en ciernes, un Estado liberal en transformación.

La segunda oportunidad en que Alessandri mostró su pensamiento en materia social fue durante la matanza de Santa María de Iquique. En esa ocasión su crítica apuntó tanto a la censura de prensa impuesta por el gobierno a los diarios que estaban informando acerca de lo sucedido, como al uso de la violencia. En relación a lo primero, defendió la libertad de información como un derecho fundamental de la organización republicana, en tanto la prensa sancionada estaba defendiendo un precepto constitucional sagrado: “el diario trataba –dijo– la cuestión más importante que puede ocupar la atención de la Honorable Cámara, porque trataba de violaciones a la ley, a la Constitución que nosotros estamos en el deber de respetar. La Constitución ha querido que ante todo se respete y garantice la vida de todos los habitantes”<sup>48</sup>. A su juicio, el informe del general Silva Renard no dejaba en claro la necesidad de usar la fuerza, pues los gritos y las banderas no autorizaban la decisión tomada: “se dispararon cinco mil tiros sobre

---

<sup>48</sup> *Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados (BSCD)*, 27.12.1907.

una masa de ciudadanos que hasta ese momento estaban ejerciendo un derecho que garantiza la Constitución del Estado: el derecho a pedir aumento de salario y mejores condiciones para la vida”, aseguró en esa misma sesión. De esta defensa de un principio liberal, Alessandri deducía la necesidad de una relación equitativa entre el capital y el trabajo: “El contrato de salario es un contrato de arrendamiento de servicios en que los patrones tienen derecho a poner sus condiciones y los operarios también lo tienen a poner las suyas”. En esa óptica, resistir las demandas obreras por la fuerza era un error, pues en ello mediaba un derecho: “querer contener al pueblo por medio de la violencia, es como poner atajo a un río: las aguas se detendrán por de pronto ante el obstáculo, pero luego crecerán, rebasarán el obstáculo y por fin, con ímpetu avasallador, saltarán por sobre él y seguirán su camino arrastrándolo consigo. Los movimientos populares hay que combatirlos yendo al origen del mal y dictando leyes que rijan las relaciones entre el capital y el trabajo, de manera que estas dos fuerzas se equilibren o que marchen paralelamente sin chocarse y en forma armónica. Es necesario enseñar al pueblo, ilustrándolo, dándole la conciencia de sus deberes y de sus derechos”<sup>49</sup>.

Esta postura, creemos, se relacionaba en primer lugar con su concepción económica del obrero, como factor fundamental del crecimiento, pero también con los ejemplos europeos. Alessandri estaba fuertemente influido por las corrientes evolucionistas y, hasta cierto punto, orgánicas, que veían a la sociedad como un cuerpo vivo, en constante cambio. Para él, en las sociedades como en los seres vivos aparecían síntomas de fermentación que debían ser enfrentados. A su entender “comienzan a surgir a veces síntomas fatales, que a la postre se traducen en un estallido de las peores consecuencias... Los hombres de Estado de Chile tienen la obligación de saber que el siglo XX es de fermentación social, que desde hace tiempo se levanta y surge entre nosotros el problema obrero. En los grandes Estados, los hombres que presiden han puesto oído atento a las necesidades del pueblo, porque han visto en estas fuerzas ocultas en fermentación, un grave problema que resolver”. De allí su crítica al gobierno por su resistencia a encarar un problema que se hacía más evidente cada día y que no se resolvería con la violencia. La huelga de Iquique tenía, a su juicio, su origen en la política económica del gobierno que perjudicaba a los obreros. Por ello, las autoridades debían preocuparse de mejorar su situación: “si nos ocupamos de los obreros y aliviemos sus males, esos obreros... no podrán ser dominados por los agitadores...”<sup>50</sup>. El camino,

<sup>49</sup> BSCD, 27.12.1907 y 2.1.1908.

<sup>50</sup> BSCD, 3.1.1908.

entonces, estaba en prevenir a través de una legislación, lo cual era “deber elemental e ineludible” del gobierno.

A comienzos del siglo XX, por tanto, Alessandri estaba claro respecto de la importancia del obrero en el proceso productivo, de la necesidad de la intervención estatal y de la ineficacia de la violencia en la resolución de los conflictos sociales. Esta claridad, sin embargo, no alcanzaría su plena madurez programática y política, sino hasta el fin de la Gran Guerra, período en el cual Alessandri seguiría apegado a los modos parlamentarios.

Luego del primer impacto al inicio de las hostilidades en Europa, como es sabido, en los dos años siguientes las exportaciones de salitre recuperaron su ritmo normal y, en varios casos, aumentaron. La necesidad del nitrato como insumo bélico y la apertura del mercado norteamericano redinamizó el comercio, disminuyendo las tensiones desatadas entre la oligarquía chilena en los primeros meses del conflicto. Las oficinas fueron reabiertas y la producción alcanzó en el penúltimo año de la Guerra una cifra histórica al sobrepasar su cota máxima. De la misma manera se recuperó el empleo y los obreros ocupados llegaron a 60.000<sup>51</sup>.

A pesar de esta recuperación, en el caso de Tarapacá la actividad reivindicativa de los obreros se aceleró. Durante el año 1915 las principales quejas tuvieron motivos salariales y se concentraron entre los obreros del ferrocarril longitudinal. Así mismo, los problemas por condiciones laborales entre los pampinos se mantuvieron a pesar de la campaña de regeneración y de la visita parlamentaria de dos años antes, especialmente por el pago en libretas y no en fichas, como era lo habitual, lo cual revestía una forma de mayor control sobre los obreros. Los principales cantones salitreros en huelga fueron el de Pozo Almonte, Negreiros y Zapiga. La efervescencia laboral se acentuó al año siguiente, en especial entre los gremios de cargadores de puerto y lancharos, quienes protagonizaron las más prolongadas huelgas durante este período. El principal movimiento laboral en la bahía se produjo en octubre de 1916 y se extendió por dos meses, logrando la adhesión de otros gremios, los que paralizaron sus actividades por solidaridad, como por ejemplo el Sindicato de Artes Mecánicas, la Unión Gremial de Caleta Buena, los obreros de la Maestranza del ferrocarril salitrero, entre otros. A fines de noviembre de 1916 y tras una larga mediación del Gobernador Marítimo, Rubén Morales, la huelga finalizó. La gran agitación provocada por los trabajadores tarapaqueños indujo al gobierno a crear una comisión encargada de estudiar

---

<sup>51</sup> Juan Ricardo Couyoumdjian *Chile y Gran Bretaña durante la primera postguerra mundial, 1914-1921*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1986. 115-117.

las medidas de carácter administrativo y legal que debían adoptarse para poner fin a las dificultades laborales en Tarapacá. Esta fue presidida por los senadores Manuel Salinas y Angel Guarello. Con todo, a comienzos de 1917 la rebeldía volvió a presentarse con motivo de ciertas exigencias de identificación que se estaban aplicando. Ya para entonces existían en la zona cuatro sociedades en resistencia que reunían a lancheros, cargadores de puerto, panaderos y carreteros, y el POS, los cuales atizaban los conflictos<sup>52</sup>. A partir de ese momento la situación social se volvería cada vez más inestable.

En todo este período de recrudescimiento de la cuestión social en Tarapacá, su senador se mantuvo más bien al margen. En general su actuación como representante de Tarapacá en el Senado se circunscribió a temas políticos, como denuncias de fraude electoral, especialmente los sucesos de Castro y de Tarapacá. En cuanto a la región salitrera, su participación se abocó a solicitar recursos para obras de infraestructura, tales como la continuación de las obras del ferrocarril longitudinal permanentemente amenazadas con el cese; para dotar a la ciudad de agua potable y apoyar un proyecto del Ejecutivo para sostener el hospital de Iquique<sup>53</sup>.

El interés de Alessandri en esos años estaba centrado más bien en la cuestión política, en el fortalecimiento de la Alianza Liberal y en su influencia al interior de ella en vistas a la elección presidencial de 1920. En los años inmediatamente posteriores a la elección de 1915, Alessandri se dedicó a atraerse el apoyo generalizado de los radicales y demócratas, el cual necesitaría si quería ser nominado candidato presidencial en 1920. Una vez obtenido dicho respaldo, sus actividades políticas se dirigieron a su propio partido. Hacia fines de 1919 ya contaba con la mayoría suficiente para imponerse en la Convención de la Alianza<sup>54</sup>. Esto explica que si no se preocupó de los conflictos laborales en Tarapacá, en cambio tuvo tiempo para volver a esa provincia a finales de 1917 para solucionar ciertos conflictos internos dentro del radicalismo tarapaqueño que podrían afectar los resultados de la elección parlamentaria de marzo de 1918. Durante su estadía de 1917 Alessandri recordó la gesta de 1915 y se refirió a la importancia de la estrecha unión de todos los liberales de Tarapacá, afirmando que "no había otro símbolo más augusto para sintetizar la futura obra del radicalismo histórico que estas

<sup>52</sup> LPR (Iquique), desde el 24.4.1915 al 7.3.1917. El período posterior a 1917 hasta 1921 ha sido estudiado por Julio Pinto, "Crisis salitrera y subversión social.", 76-90.

<sup>53</sup> Una síntesis de la labor parlamentaria en el período se encuentra en Virginia Krzeminky, *op. cit.*, 231-235. Sobre los sucesos de la ciudad de Castro, Partido Radical, *Arturo Alessandri. Senador de Tarapacá*, Santiago, 1920.

<sup>54</sup> René Millar, *La elección presidencial de 1920*, Santiago, 1981; Ricardo Donoso, *op. cit.*, vol. II, 210-215.

frases nacionales de un país glorioso: libertad, igualdad, fraternidad”<sup>55</sup>. Es decir, el discurso alessandrista a más de dos años de haberse convertido en el “León de Tarapacá” seguía privilegiando lo político y los manejos necesarios en ese terreno.

Como prolongación de este viaje, Alessandri retornó a Tarapacá en marzo de 1918 para apoyar a los candidatos aliancistas a diputados y todavía como el máximo exponente de las ideas liberales. Es importante señalar que dado su interés en ser el candidato presidencial de la Alianza dos años más tarde, Alessandri buscó fortalecer sus lazos con las colectividades provinciales más fuertes de ella. En el caso de Tarapacá ese partido era el radical. En ese plano, su quehacer en la principal provincia salitrera buscó consolidar esa cercanía y enfatizar aquellos elementos del discurso radical que ponían de relieve la lucha contra el oscurantismo conservador y la aurora liberal, más que una acción de corte más popular. Es verdad que el radicalismo desarrollaba una política de acercamiento a los obreros, pero todavía la lucha laica-clerical seguía siendo lo más importante, a nivel de proyecto. Por ello, Alessandri no era visto como su caudillo popular, sino como “la manifestación lógica y razonable de lo que exigía un período político, una época histórica del liberalismo chileno”, en tanto se pondría “...atajo al clericalismo que avanza”<sup>56</sup>. En ese plano, el triunfo aliancista significaría no sólo un gobierno estable, sino la libertad de las conciencias, una educación pública y laica, la purificación administrativa y de sus instituciones; en última instancia, la victoria de la civilización y el progreso.

En una lucha entablada en esos términos, Alessandri enfatizó su conexión con el más puro liberalismo, representado por la figura del presidente José Manuel Balmaceda. Durante su discurso a la llegada a la ciudad, Alessandri criticó al balmacedismo por su espuria unión con los conservadores, enemigo acérrimo de Balmaceda, cuyas leyes más destacadas eran las “genuinamente liberales y restringió el poder de la clerecía en el gobierno, porque veía que el clericalismo era el mayor obstáculo al progreso de la patria”. En otras palabras, no hubo un rescate del mito popular de Balmaceda, sino de su postura estrictamente doctrinaria. Al reclamo de su falta de amor al pueblo, surgido de entre el público asistente, nuevamente hubo de aferrarse a su único recurso: su actuación en la masacre de Santa María, recordando que en esa oportunidad llegó a amenazar con su bastón al entonces Ministro del Interior<sup>57</sup>. En ese sentido, si hubiésemos de precisar

<sup>55</sup> LPR (Iquique), 4.12.1917 y ET (Iquique), 5 y 08.12.1917.

<sup>56</sup> LPR (Iquique), 2, 3.1918; ET (Iquique), 17.2.1918.

<sup>57</sup> LPR (Iquique), 3.3.1918; ET (Iquique), 3.3.1918.

una faceta social en su discurso, sólo podríamos aludir a un intento un tanto débil de presentarse ante los trabajadores como su máximo defensor en el hemisiciclo parlamentario. No se observa una preocupación prioritaria acerca del problema social, sino colateral a la lucha liberal y siempre recurriendo al mismo argumento. Nada hay en sus discursos acerca de las condiciones de vida y trabajo de los obreros, tanto pampinos como urbanos, tan agitados en Tarapacá desde 1915. Tanto así, que al terminar su alocución tuvo presente a quienes, en última instancia, decidirían la elección en ciernes: los electores. El senador les pidió que votaran por los candidatos aliancistas para la Cámara de Diputados, pues ello aseguraría una “era de paz y progreso en toda la República”. Tal solicitud coincidía con el énfasis que simultáneamente la prensa radical hacía respecto de la importancia del voto popular, de quien dependía la victoria del liberalismo aliancista: “...los arcabuces de antaño han sido reemplazados por un arma mucho más poderosa aún, el voto popular consciente y decidor...¡Ciudadanos! de nadie, sino de vosotros depende la libertad de la virgen dolorida” (la patria)<sup>58</sup>.

Durante este viaje, Alessandri visitó la pampa por primera vez. Se subió al ferrocarril salitrero, junto a los diputados Ramón y Carlos Briones Luco. El viaje tenía propósitos de propaganda, agradeciendo personalmente el apoyo brindado para el triunfo obtenido, y de reconocimiento, para ver de cerca la verdadera situación de los pueblos de la pampa. Estuvo en Negreiros, Zapiga, Pisagua, Caleta Buena, Huara y Pozo Almonte y, según la prensa aliancista, la visita se convirtió en una verdadera gira política. Durante su estadía en Negreiros y Huara, Alessandri recorrió sus calles, interiorizándose de las necesidades de la localidad, mientras que los discursos hechos en Pisagua y Alto de Caleta Buena se inscribieron en el sentido fundamentalmente político de su quehacer en Tarapacá. En Caleta Buena, Alessandri agradeció al pueblo “su cooperación en favor de la noble causa de la Alianza Liberal, expresando su satisfacción por la armonía reinante entre los elementos políticos de la Alianza en Caleta”. En Pisagua, en cambio, recordó las glorias militares y cívicas de la provincia de Tarapacá “que tan brillantemente respondió al llamado del liberalismo chileno”<sup>59</sup>. Su interés primordialmente político se reflejó también en las personas con las cuales compartió en los distintos pueblos. En todos los casos fue recibido por “las personas más representativas de esa faena”, ya fueran los principales vecinos del lugar, los administradores de las oficinas, los miembros de las juntas locales. Aunque entre la multitud que lo recibía había obreros y em-

---

<sup>58</sup> ET (Iquique), 3.3.1918.

<sup>59</sup> ET (Iquique), 7 y 8.3.1918.

pleados, sus conversaciones, almuerzos y reuniones se limitaron a los organizadores de las manifestaciones y personas de la elite local. En pocas palabras, no hubo contacto ni discursos al mundo obrero.

En suma, lo que queremos reafirmar es que todavía a comienzos de 1918 el sentido del calificativo de "León de Tarapacá" seguía apegado a su carácter regenerador de 1915 y ante todo liberal. Aunque existía una preocupación por lo social, ello era políticamente secundario todavía para Alessandri, decidido a ser el candidato presidencial en 1920. Si bien Alessandri compartía el programa aliancista, debe considerarse que el aspecto social en las propuestas de esos partidos se convirtió en el tema central recién a finales de 1918 y principios de 1919, cuando se realizaron las convenciones y ya en medio de la crisis de posguerra. En ese sentido, la plataforma discursiva de Alessandri se insertaba en los intereses que movían a la Alianza Liberal, los cuales en marzo de 1918 eran aún eminentemente políticos.

El triunfo generalizado de la Alianza en las parlamentarias de 1918 convirtió a Arturo Alessandri en Ministro del Interior. Se ha repetido con insistencia que su discurso ante el Congreso en su nueva jerarquía constituyó un verdadero programa presidencial. En primer lugar, parece pertinente señalar que lo planteado por él en esa ocasión era el programa de su combinación y no el suyo propio. El mismo Alessandri aclaró que su gestión se enmarcaría dentro de los ideales y aspiraciones que defendía y preconizaba la Alianza: "Haremos política liberal en la más amplia acepción de esta palabra. Política de ideas y de progreso, de orden, de justicia y de respeto a las personas y a todos los derechos". Como se sabe, los temas del programa presentado eran el de la precedencia del matrimonio civil al religioso, entendido como un problema de "orden y estabilidad social", por cuanto afectaba la constitución de la familia. También incluía el mejoramiento de los derechos civiles de la mujer en la administración de sus bienes y a sus derechos como "madre y esposa"; la instrucción primaria y el mejoramiento de la situación del profesorado. Dado el contexto bélico en Europa, se planteaba la austeridad en el manejo de los recursos fiscales, una modificación al régimen tributario y la constitución de la propiedad austral a través de la colonización. Habría, además, una preocupación por el desarrollo de la Marina Mercante nacional y por las Fuerzas Armadas. En relación al tema de la legislación social, se proponía la elaboración de leyes que garantizaran la justicia social, la armonía entre el capital y el trabajo, y el bienestar de las clases laboriosas; como también una mayor preocupación por el problema de la salud y un perfeccionamiento del Código Sanitario<sup>60</sup>.

---

<sup>60</sup> *Boletín de Sesiones de la Cámara de Senadores (BSCS)*, 23.4.1918.

Los tópicos referentes al matrimonio civil y a la instrucción primaria eran una continuación de la lucha secularizante y de libertad de conciencia iniciada por el liberalismo durante el siglo XIX y detenida por los intereses clericales-conservadores, de modo que se seguía enmarcando en una pugna tradicional. En cuanto al tema social, este no había variado desde 1915 cuando la Alianza incluyó en su pacto los mismos acápites, incluso con mayor detalle en los temas laborales. Vale decir, a pesar que Alessandri incluyó la problemática social en su plataforma programática, ella no tenía una presencia ni un interés especial o descollante. Era parte de los graves problemas que aquejaban al país en ese momento, tal como el déficit fiscal.

No sería sino con el fin de la Guerra que la "cuestión social" se volvería prioritaria. La bonanza exportadora imperante desde 1915 cesó al acercarse el final de las hostilidades. Las existencias de salitre acumuladas por los países en conflicto durante la Guerra fue uno de los problemas que hubo de enfrentar Chile desde noviembre de 1918, pues estas equivalían aproximadamente al consumo de seis meses en tiempos normales, lo cual afectó la exportación y los precios. De la misma manera lo hicieron los controles impuestos al comercio salitrero por los Estados Unidos e Inglaterra con el afán de deshacerse de los *stocks* y proteger a sus fabricantes de fertilizantes. Estas restricciones afectaron gravemente la salida del nitrato chileno y, por lo mismo, la estabilidad de la economía en general. La exportaciones salitreras cayeron de 2.919.177 toneladas en 1918 a 803.961 en 1919, mientras que los precios descendían de 13 chelines por quintal en 1918 a 10 en el otoño del año siguiente. Tal situación significó el cierre de 60 oficinas en la pampa a comienzos de 1919. Como corolario, el empleo en las faenas salitreras descendió de 57.000 a 44.500 en esos mismos años, lo cual obligó al gobierno de Sanfuentes a abrir albergues y un Servicio de Colocaciones que recibió hacia fines de 1919 más de 20.000 solicitudes de trabajo<sup>61</sup>.

La gravedad de la crisis económica se tradujo en una agudización del problema social y de rebeldía de los cesantes. Los primeros meses de 1919 concentraron los mayores conflictos sociales, expresados en huelgas, protestas, manifestaciones callejeras y enfrentamientos de los trabajadores con la policía. En septiembre de 1919 se produjo una huelga general que involucró a las industrias y el sector servicios de la ciudad de Santiago, y a comienzos del año siguiente la gran paralización carbonífera. Una de las máximas expresiones del descontento popular, como es sabido, fue la Asamblea Obrera

---

<sup>61</sup> Juan R. Couyoumdjian, *op. cit.*, 185-187; Julio Pinto, "Crisis salitrera y subversión social...", 70.



de Alimentación Nacional nacida a fines de 1918 y masificada en 1919, que guió a las masas, interpelando políticamente al sistema a través de su crítica al régimen parlamentario y sus demandas por una mejoría de la producción nacional y de las condiciones de los obreros. La presión social también se reflejó en la aparición de la sección chilena de la IWW en 1918, el control de la FOCH por parte de Recabarren y el POS después de 1917 y el consiguiente proceso de sindicalización por ese mismo año, que se aceleraría luego de 1920<sup>62</sup>. En suma, los meses previos a la elección de 1920 mostraron a la elite en forma patente la politización de la "cuestión social".

Esta "revelación" del problema social fue la que obligó a los partidos a enfrentarlo programáticamente. De allí que las convenciones de enero de 1919 dieran lugar a fuertes debates, cuyo eje era lo social y que fueron el antecedente inmediato de la campaña de Alessandri un año más tarde. Los resultados más evidentes de las convenciones fueron una fuerte, aunque no devastadora, crítica al liberalismo clásico y la demanda por una mayor intervención del Estado en lo económico y para atender las necesidades sociales. Concretamente debía legislarse acerca de las huelgas, los sindicatos, los contratos de trabajo y la previsión social. Aunque estas propuestas ya estaban en los programas partidarios desde años antes, fue en el marco de la gran crisis de posguerra que alcanzaron fuerza, aunque no absoluta, a la cabeza de los sectores más jóvenes y de provincias<sup>63</sup>. Fueron estas tendencias "socializantes" del Estado las que envolvieron la campaña presidencial y que hicieron de los sectores populares el gran mercado a disputar.

La elección de 1920 ha sido vastamente estudiada, en especial en su ámbito político, es decir, el discurso y el estilo utilizado por Alessandri y los entretelones de su victoria. En el caso de este trabajo, nos abocaremos a analizar el mensaje social presente en los discursos del candidato de la Alianza Liberal y el porqué del uso de recursos populistas.

Sumido el país ya completamente en la crisis de posguerra y contando con el apoyo de las asambleas provinciales que le asegurarían el camino a la presidencia, el candidato de la Alianza Liberal dirigió su mirada al último grupo necesario para ganar la elección: los sectores populares. Estos le interesaron de dos maneras. En primer lugar, como un problema que amenazaba la estabilidad económica del país, dado el cierre de los mercados y la alta cesantía y, en segundo lugar, como parte de los votos que necesitaba para triunfar.

---

<sup>62</sup> Virginia Krzeminsky, *op. cit.*, pp. 196-197; René Millar, *op. cit.*, 47-48; Julio Pinto, "Crisis salitrera y subversión social...", 73; Gonzalo Vial, *op. cit.*, 601-603, vol. II.

<sup>63</sup> René Millar, *op. cit.*, 39 y 69-85; Sol Serrano, "Arturo Alessandri y la campaña electoral de 1920", en Claudio Orrego, *op. cit.*, 62-64.

En relación a lo primero, Alessandri refundió sus propias ideas en torno a tal tema y el ambiente de reforma que invadía a los aliancistas, profundamente influidos por las políticas sociales auspiciadas por la Sociedad de Naciones. En ese sentido, es importante destacar que el énfasis en la legislación social y en la necesidad de incorporar las demandas de los trabajadores al sistema político provenían, más que de la experiencia rusa, de las directrices emanadas de la naciente OIT y de la política wilsoniana. Como es sabido, tras el fin de la guerra las demandas por una ampliación de la democracia se incrementaron, tanto como la necesidad de una mayor justicia social para los trabajadores. El Tratado de Versalles dejó establecida la necesidad que los países firmantes modificaran sus leyes, dando cabida a los problemas sociales de los obreros. Alessandri, imbuido de un pensamiento cuyo referente habían sido siempre las naciones más avanzadas, se sumó con entusiasmo a la nueva realidad, especialmente ante los efectos de la guerra. Como bien ha señalado Sol Serrano, Alessandri perteneció al segmento de la clase política que asumió desde una óptica optimista el cambio desatado por la caída de los Imperios Centrales y el inicio de una era que enfatizaba la democracia<sup>64</sup>.

Durante el discurso de aceptación de su candidatura, en abril de 1920, Alessandri hizo una síntesis del momento histórico que se vivía y de las reformas necesarias. Aunque historiográficamente se ha hecho hincapié en las amenazas proferidas en contra de los sectores más refractarios al cambio, su discurso-manifiesto era más bien un intento de satisfacer las aspiraciones de los grupos que habían hecho posible su nominación —las provincias—, como de tranquilizar a aquellos aliancistas menos convencidos; era una mezcla entre la necesidad de reforma y orden. En relación al tema social, el programa alessandrista se situaba dentro del momento histórico que vivía el mundo occidental “en orden a resolver con criterio de estricta justicia y equidad los derechos que reclama el proletariado en nombre de la solidaridad, del orden y de la conveniencia social”. Tal posición se apoyaba tanto en las tendencias wilsonianas como en la urgencia de reactivar el sistema productivo chileno, abatido desde 1918, reconociendo al obrero su centralidad en el proceso de la producción y, por tanto, en el progreso general del país. En ese sentido, el crecimiento económico era el resultado del aporte de los trabajadores y del capital, siendo los primeros entendidos como “el músculo, el vigor, el esfuerzo inteligente en el inmenso laboratorio económico donde se genera las riquezas de los países”, razón por la cual debían “ser atendidos, protegidos y amparados. Hay en ello razones morales de justicia y razones materiales de conve-

---

<sup>64</sup> Sol Serrano, *op. cit.*, 70.

niencia”<sup>65</sup>. Sin duda, las intuiciones de Alessandri al comienzo de su carrera política encontraron en la posguerra el escenario preciso en el cual alcanzar una mayor profundidad y soporte argumental. Estas palabras reflejaban una coherencia con lo sostenido en su Memoria y sus discursos de 1907, pero apoyados, esta vez, en los cambios auspiciados por Europa y Estados Unidos. De sus palabras se deduce una concepción armónica de las relaciones sociales, de las que dependería el crecimiento económico, fruto del aporte equilibrado del capital y el trabajo. Siendo ambos de igual importancia, era necesario preocuparse del más débil, por cuanto sus deficiencias o interpelaciones podrían afectar la generación de ingresos. En ese plano, en el pensamiento de Alessandri la justicia social era empujada por lo económico. Su referencia a la prolongada huelga carbonífera que el país estaba presenciando, era una prueba de los males que la injusticia social acarrea: “hay una gran huelga que se prolonga, lleva el hambre, la miseria y el dolor a miles de conciudadanos... El capitalista se perjudica también en sus intereses; la sociedad entera se siente afectada, perturbado el servicio de ferrocarriles, dañada la economía general del país”.

Por otra parte, la persistencia de las malas condiciones de vida y de trabajo de los obreros generaba odiosidades entre las diversas clases, que auguraban problemas de inestabilidad necesarios de evitar: “Esta situación desastrosa va, además, cavando poco a poco un abismo de enconos y de rencores entre el capitalista y el obrero, factores ambos del progreso nacional... (el cual) está basado en la armonía que debe presidir las relaciones de aquellos dos grandes factores...”. A tal situación debía darse un remedio para, implícitamente, recuperar una armonía, un sentido de comunidad perdido. El enfrentamiento que, en apariencia, se estaba incubando fue utilizado por Alessandri como un argumento para atemorizar a quienes se oponían a su candidatura, identificados como los sectores hostiles a los cambios. La legislación social no era una opción –insistía–, sino un imperativo. De allí su demanda por una ampliación de las atribuciones del Estado “para conjurar el peligro y no es posible que desarmado e inerte, asista como un testigo impotente ante el desorden y la desorganización que importa tal estado de cosas”. En ese sentido, la propuesta reformista de Alessandri enlazaba el interés económico involucrado, con el tema del orden. Así como la justicia social era un requisito para la prosperidad de la economía nacional, lo era también para mantener la dominación. Para ello bastaba una legislación que

---

<sup>65</sup> “Discurso de don Arturo Alessandri Palma, agradeciendo su designación como candidato a la Presidencia de la República”, en Arturo Alessandri Palma *Recuerdos de gobierno*, Santiago, 1952, vol. I, 431-441.

creara tribunales de arbitraje, porque "el gobierno necesita tener en sus manos esa arma poderosa de orden y progreso". Influido por las corrientes en boga y las ideas radicales, Alessandri parece haber concebido al nuevo Estado como un ente abstracto en términos sociales, por encima de las clases, expresivo de los intereses generales. Tal era el sentido que le asignaba al rol mediador que ejercería el Estado entre los factores en pugna, como un aparato con una lógica propia, guiado por principios nacionales. A su entender, las relaciones laborales enfrentaban a un sector débil frente a uno poderoso, por lo cual era necesario "que aparezca la justicia soberana e imparcial, fría como la ley, majestuosa como la fuerza moral que ella representa, fuerza moral que restablezca la paz y el orden, produciendo la armonía entre el capital y el trabajo". Esta propuesta de proteger a los sectores más débiles daba cuenta de una mirada paternal, que percibía a los trabajadores como sujetos susceptibles al abuso permanente, sumidos en una condición deplorable que los conducía a la abyección de la que eran inocentes. Su proyecto era regenerador, pero desde arriba, a diferencia del socialista que tenía exigencias personales de corte moralizante. En otras palabras, había una aceptación del pueblo como tal, porque no era culpable de sus vicios, pero debía ser regenerado. Al Estado correspondía hacerlo. Dada la situación límite a que se estaba llegando, la sociedad tenía la obligación de salvarlo, en pos de su propio bienestar. Por eso era urgente darle habitaciones higiénicas, educación primaria obligatoria que formara el alma nacional, un salario que le permitiera satisfacer "las necesidades mínimas" y las de su familia; protegerlo con leyes contra los accidentes, las enfermedades y la vejez.

Si se analiza la propuesta social reseñada, es posible comprobar que ella se insertaba dentro de lo planteado por los grupos reformistas desde fines del siglo anterior. Es decir, nada novedoso había en ella. El tema de la vivienda popular no era nuevo, como se ha visto, como tampoco el de una ley de instrucción primaria obligatoria, aún inmersa en la pugna laica-clerical; los salarios eran una antigua y reiterada demanda popular, como las leyes de previsión. En otras palabras, el programa de Alessandri respondía a temas que estaban en el debate público hacía años, el cual no pretendió exceder. De hecho nada había sobre una participación popular más activa en el terreno social o la apertura a nuevas alternativas políticas. Esto, nos parece, se explica porque desde la óptica de Alessandri el problema social respondía a intereses muy puntuales y dentro de los márgenes establecidos por sus modelos. El ejemplo bismarckiano parece haberlo influido notablemente, el cual, como es sabido, si bien fue pionero en la materia, buscaba una neutralización efectiva de la protesta popular. El modelo bismarckiano sólo pretendió mejorar las condiciones sociales y laborales de los trabajadores, pero no una integración participativa al sistema; era una integración vertical.

El programa de Alessandri y su accionar político con posterioridad a la elección, parecen haber respondido a objetivos similares. Se ha calificado al fenómeno de Alessandri de 1920 como populista dada la fuerte movilización de masas fomentada por él. Sin embargo, como se verá más adelante, tal estrategia fue sólo coyuntural, mientras lo prevalente fue su insistencia en una legislación social que satisfacía las principales y mínimas demandas de los trabajadores a través de un reacomodo de las instituciones.

Esto se hace más claro si se destacan otros párrafos de su discurso presidencial. Contrariamente a la famosa frase de "quiero ser una amenaza...", sus primeras palabras apuntaban a dar una prueba de fe de su respeto al ordenamiento jurídico y a las instituciones republicanas, derechos que aseguraba serían garantizados durante su eventual gobierno: "He servido toda mi vida la causa santa de las libertades públicas... Comprenderéis que quien ha luchado por estos nobles principios durante su vida entera no podría en el gobierno renegar de ellos, y podéis estar seguros de que esas libertades, garantizadas por nuestras instituciones fundamentales y que han hecho la grandeza de la República, serán leal y honradamente respetadas por vuestro candidato". Estas palabras parecen haber cumplido un papel tranquilizador, luego de la campaña meteórica y desbordante que había realizado en su disputa con Eliodoro Yañez para la nominación. Pero también hacían alusión al orden y, sobre todo, la ley como la frontera en la que se movería su gestión. Esto queda más claro cuando explicita su rechazo a la violencia: "No quiero trastornos ni violencias: los abomino y anatemizo; los condeno con toda la energía honrada de mi espíritu. Quiero y exijo el respeto de todos los derechos fundamentales garantizados por nuestras instituciones...". Debe recordarse que ya en esta época Alessandri era acusado de maximalista, de subvertir el orden social natural. Pero también era necesario diferenciarse del socialismo, para lo cual era menester recalcar el rechazo a la lucha social. Por ello, su proyecto siempre fue institucional y desde arriba.

Con todo, su nominación había provocado el quiebre de los liberales. Es decir, su candidatura no fue fruto del consenso dentro de ese indisciplinado sector político, pero tampoco dentro de la propia Alianza Liberal, donde persistían tendencias más tradicionalistas, cuya figura emblemática era el radical Enrique Mac-Iver. El rechazo de un ala de los liberales al intervencionismo estatal y al mayor pluralismo y participación de las provincias dentro de las decisiones de la Alianza, aprobados por las convenciones radical y liberal, fue presentado por los aliancistas reformistas como una disyuntiva entre democracia y reacción; como una pugna entre las provincias y el centralismo capitalino. Alessandri sabía que su candidatura no sería posible si la decisión era tomada sólo por los representantes santiaguinos, quienes barajaban otros nombres posibles. La gira realizada en los meses

previos a la Convención aliancista buscó, precisamente, dominar los votos convencionales de provincia y presionar por una Convención participativa. Las tensiones que esto generó impulsaron un discurso descentralizador y, sobre todo, democratizante: “las provincias no se consideran representadas por el grupo de oligarcas que manejan este país”<sup>66</sup>. El rechazo santiaguino a Alessandri lo convirtió en la encarnación de la promesa de renovación total del sistema político y social, el triunfo de la democracia chilena, pues él “no pertenece a la oligarquía santiaguina”. En síntesis, el intento de los jefes liberales de Santiago de evitar la nominación de Alessandri, quebrando a la Alianza, proyectó una imagen mediocrática y defensora de la democracia social del candidato, haciendo del evento eleccionario el enfrentamiento entre un orden naciente y otro que se negaba a morir. En ese plano, la elección de 1920 fue presentada como una lucha entre democracia y reacción; entre el futuro y el pasado. Alessandri usó y abusó de esta imagen y sus palabras amenazadoras iban dirigidas a los componentes de la Alianza derrotados por los reformistas. Durante el discurso de abril de 1920 recordó lo sucedido en la Francia revolucionaria, cuando la monarquía se negó a escuchar las demandas del pueblo: “Si el monarca... hubiera sentido el alma de la Francia que rugía en aquellos alaridos ...habría ahorrado para su pueblo las sangrientas, las horrendas y dolorosas escenas del terror...”. Esto que parece una amenaza, un augurio del futuro de Chile de no aprobarse las leyes sociales, parece no haber cumplido más que una función política para lograr la unidad aliancista, necesaria para ganar la elección, luego del quiebre liberal. En otras palabras, planteamos que Alessandri usó la amenaza de una eventual y futura alteración social para dar mayor peso a las reformas propuestas por los grupos reformistas y fortalecer su propia candidatura, que no alcanzaban consenso entre los partidos de su combinación. Debe tenerse en cuenta que no se estaba en presencia de partidos modernos y disciplinados, sino de colectividades que creían en la independencia de opinión de cada militante, pues ella era una magnífica expresión del derecho a la libertad. No concebían “políticas partidarias”. Las palabras de Alessandri apuntaban a esos indisciplinados aliancistas y a los liberales unionistas. Pero, al mismo tiempo que les atemorizaba, les aseguraba que respetaría la ley; él no representaba la “destrucción” socialista. A fin de cuentas, debería haber justicia social y orden.

¿Cómo puede entenderse, entonces, la movilización de masas hecha por Alessandri? En algunos trabajos se ha planteado que la agitación social

---

<sup>66</sup> LPR (Iquique), 19.12.1919.

buscaba asustar a la elite que se negaba al cambio, toda vez que la mayoría de las masas agitadas no tenía derecho a voto<sup>67</sup>. Lo sostenido en el párrafo anterior pretende relativizar dicha afirmación, en tanto las amenazas siempre fueron acompañadas de una declaración de fe en el respeto a las instituciones. Nuestra hipótesis apunta a la idea de que el uso de herramientas de movilización populista y de liderazgo no estaba dirigida a la masa no votante, sino precisamente a la sufragante, de quienes dependería en última instancia su triunfo. La movilización parece haber estado destinada a quebrar el cohecho y las prácticas de clientelismo político, propias del orden parlamentario. Como es sabido, en la época en estudio no existía la libertad electoral, dado el caciquismo, y la abstención era considerable. De mantenerse ese sistema en la elección de 1920, Alessandri no ganaría; no tenía capacidad económica para competir con los recursos de la Unión Nacional. Como dice uno de sus más apasionados biógrafos: "Alessandri sabe que la posición suya como candidato simplemente liberal, contra fuerzas como las de la Unión Nacional, de la banca, de la alta sociedad, con el gobierno moderadamente en su contra, es sumamente endeble y busca robustecerla... Busca, entonces, al elector de la calle, al pueblo mismo y lo hace con pasión, con ímpetu desbordante"<sup>68</sup>. La movilización y el acercamiento a los sectores populares pretendían, entonces, ganar el voto popular, evitando su atracción por los cohechadores urbanos. Desde hacía años los partidos habían estado predicando acerca de lo nefasto del cohecho y la necesidad de emitir un voto responsable o excluirse del todo del proceso. Este discurso se agudizó a partir de 1915 y particularmente de 1918, cuando la Alianza ganó la parlamentaria de ese año. En 1920 esta tendencia recibió un nuevo impulso dada la importancia de las provincias en la nominación de Alessandri, que dio a la elección un carácter novedoso; ella sería una verdadera lucha política y no un juego de componendas y cohecho como había ocurrido durante la época parlamentaria. La decisión de Alessandri de ganar y las expectativas despertadas en sus aliados hicieron necesario modificar el sentido de la elección. De ser un trámite entre clubes debería transformarse en un proceso abierto y competitivo. Para ello debía incluirse más gente o, al menos, cambiar algunos hábitos políticos. El discurso democratizante —aunque siempre dentro de los parámetros indicados—, su relación amigable con los pobres, la insistencia de no ser un oligarca y los mitines frente a su residencia perseguían despertar la confianza necesaria en el pueblo en que el voto sí tenía el poder de cambiar la realidad. Por lo tanto, no debían dejarse cohechar.

<sup>67</sup> Paul Drake, *Socialismo y populismo en Chile 1936-1973*, Valparaíso: 1993, 30-37.

<sup>68</sup> René Olivares, *op. cit.*, 33.

La certeza de que la elección sólo se ganaría rompiendo la maquinaria electoral de sus oponentes, explica el hecho de que Alessandri privilegiara en su campaña la gira al sur del país y no al norte. Ni siquiera fue a las provincias salitreras. A nuestro juicio, ello se debió a su convicción de tener en esa zona los votos suficientes para ganar, dada su encarnación anticlerical y anticorruptiva. Ni siquiera por su cercanía a los pampinos, como se ha visto, sino por el auge del radicalismo y del liberalismo símbolos de la lucha democrática, en contraposición a la debilidad unionista. En Tarapacá el clientelismo balmacedista tradicional ya había sido quebrado en 1915 y desde entonces dejó de funcionar. Las elecciones municipales de 1915 y 1918 en Tarapacá fueron ganadas por la Alianza. En el sur, en cambio, la Unión Nacional era fuerte, especialmente en las áreas rurales, mientras que en las urbanas la disputa era equilibrada. Alessandri debía asegurarse aquellas zonas donde el cohecho dominaba.

Por ello viajó al sur, a las zonas más tradicionales del país donde conversó con los trabajadores y mineros, departió con los campesinos y con los profesionales medios a quienes habló de justicia social: "Nadie fomenta odios de clase, pero es un hecho innegable que existen en nuestra sociedad privilegios injustificables, que hay categorías de ciudadanos a quienes no se les ha dado todo aquello a que tienen derecho. Es deber del Estado atender con mano justiciera todas las exigencias sociales lícitas"<sup>69</sup>. Alessandri se presentaba como la encarnación de las libertades, de la justicia y el orden social, del bienestar general, en fin, de un futuro esplendoroso, en el cual se terminarían los dos problemas más sensibles en esas regiones del país: el centralismo y las desigualdades sociales. Por ello, él se proclamó ante las clases medias provincianas y campesinos como "el candidato de las provincias cuyas legítimas aspiraciones satisfaceré, soy el candidato del pueblo por cuyo bienestar he luchado, lucho y lucharé siempre (porque) cueste lo que costare y pese a quien pesare yo seré Presidente de la República"<sup>70</sup>. Fue precisamente en las provincias sureñas donde hizo más uso de discursos de corte populista, en su sentido antioligárquico, comparando a la "Roma corrompida" con Santiago en donde "los oligarcas medran, viven sangrando las provincias, pisoteando las lágrimas y las miserias del pueblo"<sup>71</sup>. Alessandri demostró una gran "inteligencia emocional" al remover diestra-

<sup>69</sup> LPR (Iquique), 12.5.1920. Discurso en Talca.

<sup>70</sup> *El Día* (E.D., Chillán), 15.5.1920.

<sup>71</sup> Discurso de Alessandri a su llegada a Curicó. *La Alianza Liberal* (LAL, Curicó), 19.5.1920.



mente los sentimientos de sus oyentes a quienes aseguraba no haber sentido emociones tan intensas con anterioridad: "Debería tener muchas vidas para retribuirles en la forma que se merecen". Por esa compenetración con el pueblo es que aseguraba al Comandante del Cuerpo de Carabineros cuando le ofreció protección policial: "me basta para mi seguridad personal el afecto y la adhesión sincera del pueblo"<sup>72</sup>.

Pero, sin duda, no era sólo su disposición a reconocer los derechos y la igualdad ciudadana a los marginados, sino la confianza que exhalaba por todos sus poros y que buscaba transmitir a los votantes. Tal política era reforzada por los partidos aliancistas quienes desde antes de la nominación estaban desarrollando prácticas de propaganda. Como ha señalado René Millar, Alessandri dio por iniciada su campaña mucho antes que sus adversarios, por lo cual al momento de la votación misma, la organización electoral estaba lista. Eso le facilitó contar con apoyo periodístico, la formación de las ligas contra el cohecho y los cálculos de distribución de los votos. Esto significa que se aprestó por todos los medios posibles a neutralizar las armas de los unionistas. En ese sentido, el populismo le fue útil no sólo para ganar sufragantes, sino también para supervisar el proceso electoral. Los aliancistas de provincia trabajaban el elemento confianza: "el enemigo se encuentra parapetado tras las sólidas trincheras y es menester para batirlo usar de todos nuestros esfuerzos y alentar en nuestro entusiasmo a los correligionarios de las provincias del sur, quienes... han vivido bajo los yugos de la oligarquía y de la Coalición y que no están acostumbrados a luchar con el entusiasmo y valentía que lo hacen los redimidos del año 1915"<sup>73</sup>. Si Tarapacá había sido capaz de vencer a Goliat, era posible hacerlo en todo Chile, si todos confiaban y trabajaban por ese éxito. Ese era el entusiasmo y la fe que debía transmitirse a los sectores populares que votarían el 25 de junio: la victoria sería suya, era una promesa. Otros antes habían prometido un mejoramiento de la situación social —como el caso de Pedro Montt que suscitó tantas esperanzas—, pero Alessandri desarrolló una política de acercamiento, fue al elector para transmitirle su mensaje auspicioso y la certeza de que su triunfo implicaría su bienestar. Como les aseguró en Chillán: "Yo siento las palpitaciones del triunfo y puedo declarar con la convicción de apóstol que pese a quien pese será Presidente". La identificación que la campaña de la Alianza hizo de Alessandri con la democracia, la educación para todos y la justicia social, facilitaba la confianza en que su triunfo representaba la victoria del pueblo.

---

<sup>72</sup> LAL (Curicó), 29.5.1920; E.D (Chillán), 16.5.1920.

<sup>73</sup> LPR (Iquique), 19.5.1920.

Los sentimientos que le demostraba –lágrimas, risa– lo hacían humano, creando lazos de fraternidad. Durante una manifestación en Rancagua lloró frente a las palabras de un obrero: “El señor Alessandri conmovido hasta las lágrimas, abandonó su asiento de honor y fue a abrazarse con el pobre hijo de nuestro pueblo; fue ese abrazo la promesa muda y solemne de que llegado a la Presidencia de la República se preocupará principalmente de la instrucción de su pueblo”<sup>74</sup>. En pocas palabras, su estrategia buscaba desarmar al elector, terminar con su indiferencia, demostrar que aquello que parecía ajeno era parte de sus vidas y de su responsabilidad.

Terminar con el aparato coalicionista –ahora Unión Nacional– fue una estrategia prevista en sus menores detalles, manteniendo un clima de entusiasmo, sin aflojar: ligas, bandas de música, mitines, “cielito lindo”. Nadie podía exhibir tibiezas: “No estamos jugando a las serpentinas –dice a quienes decaen–, estamos ganando una elección”<sup>75</sup>. Esta frase es bastante decidora, pues refleja los límites en los que se movía la estrategia alessandrista. La movilización y los recursos populistas utilizados cumplían una función específica dentro de la campaña, no eran un anuncio de la revolución que vendría, eran un medio de neutralizar el poder económico y social de la oligarquía santiaguina, generando confianza. ¡Vamos a ganar, porque la justicia está de nuestra parte! Había que obligar al pueblo sufragante a creer que el triunfo era posible, pero dentro del ordenamiento institucional: “estamos ganando una elección”; es decir, no se estaba jugando a la revolución, a la subversión, era el cambio dentro de la legalidad liberal. Alessandri buscó apoyo de los votantes usando elementos populistas, pero para lograr una reforma dentro del sistema y no contra el sistema. El populismo era, así, una pantalla distractora, que ocultaba su carácter institucional. La interpretación de que la movilización envolvía una amenaza social fue sólo un ardid. Su programa se limitaba a dictar leyes que respondían a la reiterada demanda social. Y es claro. Hacia 1920 no cabía, aún, en las perspectivas de Alessandri, el uso de la fuerza, como sí lo estaría cuatro años más tarde.

La mascarada populista movilizadora queda más clara si se considera la insistencia reiterada de Alessandri y los aliancistas respecto de la pureza del voto. Alessandri dejó muy en claro que no aceptaría acuerdos para elegir a los electores “estaba decidido a hacer de la presidencial una verdadera lucha política: “no arreglaré lista en parte alguna. Estoy dispuesto a luchar y vencer. No pido ni doy cuartel”<sup>76</sup>. En esa situación, no sólo era necesario desa-

<sup>74</sup> LPR (Iquique), 18 y 26.5.1920.

<sup>75</sup> Samuel Gajardo, *op. cit.*, 56-57.

<sup>76</sup> LAL (Curicó), 19.5.1920.

rollar una comunicación afectuosa con el pueblo, sino también recalcarle la importancia de emitir un sufragio responsable: "Es imprescindible trabajar desde hoy para que nadie venda el voto... usen el voto como arma de inteligencia, de verdadera emancipación, arrojando de los sitios representativos a todos los opresores y mercaderes". Las propias ligas contra el cohecho entonaban un vals propagandístico: "¡Ay! obrero, no te vendas. Si pretendes traicionar el trono que tendrás... en el fondo del alma irás herido y sufrirás..."<sup>77</sup>. La emotividad era el instrumento para desarrollar confianza en el candidato como representación de los anhelos populares largamente postergados; el voto era el reflejo de esa confianza, instrumento legal que permitiría ganar por medios institucionales: un voto mayoritario daría la victoria. Alessandri unía ambos elementos: "Hace días que viajo por el país para sentir las palpitaciones de las provincias, hoy vengo a pedir los sufragios de este pueblo, no para el candidato sino para los ideales que sirvo"<sup>78</sup>. En ocasiones anteriores se había combatido el cohecho, pero sin darle un sentido proyectual; era más bien un rito en períodos de elecciones. La diferencia en 1920 estaba en el imperativo de los aliancistas de derrotarlo, para lo cual necesitaban neutralizar las bases del caciquismo paternalista. El populismo ofrecía los recursos para lograrlo.

El 25 de junio, sin embargo, no se despejaron las dudas, pues el gobierno se negó a entregar los resultados oficiales de la elección, creando un contexto de aguda tensión. A pesar que la Alianza proclamó su triunfo, la falta de reconocimiento legal impulsó a Alessandri a extremar la manipulación popular. Los ánimos habían sido preparados en los días previos a través de acusaciones al gobierno de preparar una intervención electoral, con los disparos hechos a Alessandri mientras hacía un discurso en los balcones de su residencia, con los enfrentamientos entre los bandos en lucha. Cuando el gobierno se resistió a anunciar los resultados finales, las denuncias parecieron convertirse en realidad. Los días siguientes a la elección las calles de Santiago y de las provincias fueron recorridas una y otra vez por las masas viviendo a Alessandri y proclamándolo Presidente, lo cual provocó violentos encuentros con la policía que costaron la vida a varios trabajadores y un número indeterminado de heridos. Alessandri, mientras tanto, recibía a una muchedumbre de aproximadamente 10.000 personas frente a su casa<sup>79</sup>. Es cierto que estas manifestaciones fueron espontáneas, pero Alessandri no las frenó, pudiendo hacerlo. Tal decisión parece, efectivamente, haber buscado

---

<sup>77</sup> LAL (Curicó), 10 y 21.6.1920.

<sup>78</sup> E.D (Chillán), 16.5.1920.

<sup>79</sup> EN (Iquique), 28.6.1920; D.I (Stgo.), 28.6.1920.

mostrar a sus opositores los desbordes a que podía llegar la masa en su defensa del caudillo popular. Fue una prueba de fuerza. Una vez logrado el efecto deseado, sin embargo, el propio Alessandri le solicitó el regreso tranquilo al trabajo y abstenerse de acciones violentistas; debían confiar en que todo se resolvería: "La primera parte de la jornada está ganada y debe confiarse en el patriotismo de los poderes públicos y del Congreso Pleno, que harán respetar y hacer cumplir la sagrada voluntad popular"<sup>80</sup>. En lugar de incitarlos a una revuelta de mayores proporciones, el "León" prefirió utilizar mecanismos políticos más convencionales para asegurar su llegada a La Moneda. Una vez más, la movilización cumplió un objetivo concreto.

A fin de cuentas, ¿cuál fue la importancia de los trabajadores y de la masa para Alessandri?; ¿qué determinó su plataforma social y su estilo movilizador? A nuestro juicio, ellos fueron parte de su estrategia electoral en tanto le ofrecían los votos que necesitaba para dar soporte al apoyo partidario con que contaba. Fueron parte de la estrategia de copamiento iniciada con los radicales y los demócratas, y seguida con su propio partido: los obreros eran el público siguiente. Pero también hubo una importante cuota de realismo político para saber que el momento exigía impulsar aquellas ideas que habían estado latentes desde dos décadas atrás. Ambición política, por una parte, convicción de estar en un momento histórico de cambio mundial, por otra, y la necesidad de dar una solución a un problema económico-social evidente se conjugaron en 1920 para dar vida al "León de Tarapacá" como caudillo de la causa popular.

### 3. ENTRE LA JUSTICIA SOCIAL Y EL ORDEN: EL LEÓN DE TARAPACÁ EN EL PODER

La jornada electoral del 25 de junio de 1920 y los sucesos siguientes, dieron el triunfo al candidato aliancista, que llegó a la Presidencia a pesar de todo. El clima de polaridad política, sin embargo, en que se produjo la ascensión haría de su gobierno un período de continuo enfrentamiento, agudizado por la crisis económica.

Una vez en el poder, Alessandri hubo de evaluar las dos estrategias utilizadas durante la campaña presidencial en relación al mundo popular: el cambio social a través de la dictación de leyes que abordaran los problemas del proletariado, y la movilización de masas. Al contrario de la postura más

<sup>80</sup> EN (Iquique), 29.6.1920.

dislocadora asumida durante el período transcurrido entre el 25 de junio y la decisión del Tribunal de Honor, en los años de su gobierno, en general, privilegió la estrategia que enfatizaba el orden social y relegó a un segundo plano la movilización populista. Como se planteó con anterioridad, el camino de la reforma alessandrista encajaba en el modelo liberal institucionalista y la movilización cumplió una función específica, no desinstitucionalizadora. Alessandri trató, en ese sentido, de cumplir su promesa electoral de abrir cauces legales para las demandas de los trabajadores, usando el populismo sólo en ocasiones precisas y como un arma de presión. Su desafío era cumplir con la justicia social, pero manteniendo el orden público inalterado.

Alessandri no tenía una noción clara de la oposición cerrada de que sería objeto, por lo cual desde un comienzo intentó dar curso a través del Poder Legislativo a las reformas sociales prometidas durante la campaña. En el otoño de 1921 el Congreso recibió el proyecto de Código del Trabajo, preparado por Moisés Poblete. El proyecto era coherente con la carrera política de Alessandri, como con sus planteamientos, en orden a encauzar las demandas sociales reacomodando las instituciones. Alessandri volvía a insistir en la necesidad de acercar a Chile a las nuevas tendencias sociales predominantes en el mundo, en relación a las cuales se hallaba bastante atrasado debido a la fuerte influencia ejercida por el individualismo liberal. El fortalecimiento de un sector industrial moderno en esas primeras décadas del siglo en Chile, volvían urgente la dictación de una normativa que regulara las relaciones laborales, puesto que con la aparición de este fenómeno cambiaba la percepción del trabajo. Este debía desarrollarse en "armonía con los principios de justicia y solidaridad humanas", lo cual se traducía en una renovación del derecho internacional en torno al tema social. Al igual que en su discurso-manifiesto de abril de 1920 retomaba los acuerdos del Tratado de Versalles y su énfasis que la paz mundial descansaba en la justicia y solidaridad sociales. Alessandri hizo hincapié a los congresales el compromiso de Chile de cumplir tales acuerdos, dado su ingreso a la Sociedad de Naciones y la asistencia de representantes suyos a los diversos congresos organizados por la Liga. En el fondo, también se trataba de un problema de "dignidad internacional y de respeto a los tratados de que Chile siempre ha dado muestras en su larga vida institucional"<sup>81</sup>. Los proyectos aprobados se referían a la jornada de ocho horas, desocupación, trabajo infantil, creación de servicios públicos de higiene e inspección industrial y trabajo femenino. En suma, se trataba de un mínimo de legislación social que ningún país

---

<sup>81</sup> Esta sección del Código laboral presentado por Alessandri está extraída de "Proyecto de Código del Trabajo y de la Previsión Social", *BSCS*, 21.4.1921.

“civilizado” podía desconocer. Tal planteamiento partía de la premisa que esa normativa respondía al respeto de “derechos hoy indiscutidos”, por lo cual el proyecto era parte de un proceso de democratización juzgado como necesario. En esta óptica, la legislación social ofrecida por Alessandri se conectaba con un proceso mundial de cambio auspiciado por los países liberales de occidente, ya enfrascados en una lucha ideológica con el naciente poder soviético. Así, si bien se trataba de un proyecto de modernización del Estado liberal burgués, era al mismo tiempo una respuesta a la amenaza revolucionaria levantada por los bolcheviques. Aunque se sabe que hacia 1920 la oleada revolucionaria europea estaba en retroceso, de todas maneras el mundo occidental se preparó para un enfrentamiento con el socialismo, cuya máxima expresión fue la democracia wilsoniana. En esa disyuntiva mundial, Alessandri y los sectores reformistas aliados miraban a Estados Unidos como referente.

Lo anterior toca el tema de la amenaza real que representó la experiencia soviética en el caso chileno. Aunque, sin duda, ella ayudó a la maduración de un proyecto político de corte socialista, a nuestro juicio la legislación social auspiciada no era una respuesta al miedo a una posible revolución social. La acelerada protesta popular de la posguerra no logró atemorizar a la elite, en el sentido de percibirla como un movimiento revolucionario en potencia, con capacidad de destruir el sistema. Si bien el proyecto pretendía evitar las huelgas que crecían mientras más se retardaba la dictación de las leyes sociales, ello parece haber estado más relacionado con el efecto que tenían a nivel de paralización productiva, afectando la economía global del país en un momento de crisis. Durante el discurso de aceptación de la candidatura presidencial, como en la presentación del Código del Trabajo y los mensajes presidenciales, Alessandri recurrió insistentemente al problema de la estabilidad económica: “...las huelgas que acarrearán la intranquilidad y la miseria y restan energías a la economía nacional”<sup>82</sup>. Alessandri y los reformistas pensaban que las leyes sociales bastarían para frenar una eventual atracción del discurso socialista o revolucionario, por cuanto la mejoría de las condiciones de vida y de trabajo era la cuestión central. Tal convicción partía del supuesto que las huelgas no respondían a cuestiones ideológicas, sino a necesidades concretas que la evolución de la humanidad obligaba a atender. Como planteaba en su segundo mensaje presidencial, “es un error atribuir exclusivamente a las prédicas subversivas o de agitadores los movimientos obreros que han venido perturbando la producción económica de

---

<sup>82</sup> Discurso-programa presidencial.

este país. Ellas obedecen a causas más hondas. Necesitamos dictar leyes de protección que acudan al amparo del proletariado en aquellos casos en que pide y reclama con justicia. Necesitamos elevar la cultura intelectual y moral de las clases deheredadas de la fortuna, mediante la difusión tenaz y persistente de la instrucción”<sup>83</sup>. En otras palabras, los trabajadores eran, por un lado, víctimas de un sistema social imperfecto, inadecuado para las necesidades de la época y, por otra, inocentes de su propia abyección. Lo primero se superaría con legislación laboral y lo segundo con un Estado Benefactor. Esta perspectiva queda más clara si se considera el énfasis dado al rol de los “agitadores”, a quienes se aplicaría la Ley de Residencia, aprobada en 1918. Para los reformistas, la estabilidad no requería de medidas draconianas generalizadas, sino selectivas, en contra de los “agitadores profesionales”: dirigentes sindicales y militantes activos de partidos políticos revolucionarios. Por ello la represión no formaba inicialmente parte de este proyecto modernizador: “...las medidas represivas han resultado siempre impotentes o absolutamente ineficaces. Más aún, han tenido invariablemente una consecuencia funesta”<sup>84</sup>. La mayoría de los trabajadores no eran percibidos como peligrosos, sino desesperados. Un sistema más justo era la solución. Debe recordarse que el proyecto de legislar respecto del trabajo venía de principios de siglo y tenía adeptos en todos los sectores políticos. Sin embargo, la elite opositora a Alessandri se negó a toda posibilidad de un acuerdo, atrincherándose en el Congreso. En otras palabras, fue capaz de llevar el sistema político chileno al borde del abismo, negando una reforma social en la que muchos estaban de acuerdo. De haber existido un temor a la revolución social, tal intransigencia ¿habría sido posible? Por otra parte, el Código satisfacía demandas que los trabajadores estaban haciendo desde antaño, todas inmersas en el terreno propiamente laboral reivindicativo. Se proponía un contrato de trabajo, individual o colectivo, que especificaba las obligaciones y derechos del capital y el trabajo, poniendo término a las injusticias y abusos. Se normaban los despidos y los enganches y se abordaba el tema salarial, prohibiéndose el pago en fichas, una demanda largamente sostenida por los mineros. Se fijó, igualmente, un procedimiento para determinar un salario mínimo para evitar pagos que no pudieran cubrir necesidades básicas, como ocurría en particular con mujeres y niños. En este mismo ámbito, se proponía la participación de los obreros en los beneficios de la industria, pues “el factor trabajo constituye hoy día un elemento tan importante en la creación de la riqueza como el capital. En consecuencia, es

<sup>83</sup> BSCS, sesión de 1.6.1922.

<sup>84</sup> “Proyecto del Código del Trabajo”, BSCS, 21.4.1921.

obra de justicia darle la participación que le corresponde en la creación de esa misma riqueza". Esto redundaría en un aumento de la productividad de los obreros, creándose intereses comunes con los patrones, lo que derivaría en la armonía entre ambos factores de la producción. Entre las modalidades del trabajo, el Código especificó la edad mínima para laborar —14 años—, la jornada de ocho horas, las condiciones de seguridad, higiene y moralidad en que debían laborar mujeres y niños, todo lo cual favorecería el desarrollo de la raza. Todas estas normas deberían ser reguladas por el Estado, en especial lo relativo a la mujer, por cuanto la acción estatal "se justifica y es exigida imperiosa e ineludiblemente por el respeto debido a los seres débiles, que por cualquier causa son víctimas de las fatalidades económicas inherentes a un Estado social imperfecto; por consideraciones de alta moralidad y del más elevado patriotismo y por la necesidad de salvaguardar el futuro de la raza, manteniendo intactas las fuerzas vivas que aseguran su conservación y renovación indefinidas". Este intento de evitar una decadencia racial que afectaría la producción, inducía a legislar acerca de la seguridad laboral en un afán de proteger la vida de los trabajadores, evitando las mutilaciones y las enfermedades profesionales.

Todo este proyecto modernizador se completaba con el patrocinio a los sindicatos, en el entendido que la represión se había mostrado históricamente ineficaz y que la democracia implicaba un extensión del movimiento asociativo. Alessandri discrepaba de las interpretaciones del sindicato como sinónimo de comunismo, maximalismo y colectivismo, por cuanto el verdadero sindicalismo "es por esencia gremial o profesional; persigue fines inmediatos y concretos relacionados con la mejora de las condiciones de trabajo... y sus actividades se ejercitan dentro de los límites infranqueables marcados por las leyes de cada país a la acción lícita de las asociaciones profesionales y este es el sindicalismo que reconoce este Código". En otras palabras, la reforma ofrecida por Alessandri a los trabajadores era la creación de una institucionalidad que encauzaba los problemas directamente relacionados con el área laboral y que habían sido causa de los movimientos huelguísticos. De esta forma, Alessandri, como representación oficial del orden vigente, estaba ofreciendo aquello demandado largos años por los obreros: el orden que siempre se había negado a escuchar las reivindicaciones de los pobres, lanzaba, por vez primera, un programa concreto y permanente de regulación de las relaciones entre patrones y obreros. Esta tentativa aperturista debía necesariamente reconocer a los proletarios su derecho a la huelga, como mecanismo legítimo de defensa de sus intereses, pero siempre dentro de los límites impuestos por lo estrictamente laboral. Dada la disposición de las autoridades hacia las demandas proletarias, la huelga sólo sería aceptable como un recurso extremo que debía evitarse por otros medios a fin



de no “paralizar el trabajo”, por lo cual se proponía crear tribunales de conciliación y arbitraje y un sistema de seguridad social.

Como se observa, el proyecto de Código del Trabajo contemplaba todo un programa de regulación laboral y que, por tanto, apuntaba a una modernización de las relaciones de producción. En ese plano, el proyecto significaba un cambio notorio en relación a la realidad cotidiana vivida por miles de trabajadores, desde la perspectiva de la evolución del mundo occidental. Era percibido como un avance, como un progreso civilizador, acorde al mundo de posguerra. La legislación laboral estaba en el plano de los derechos civiles. En ese sentido, el ambiente general de justicia social que invadió al mundo a partir de 1918 logró que se produjera un engarzamiento entre las demandas de abajo y la disposición aperturista de algunos sectores políticos. El hambre de justicia social del pueblo encontró por fin eco en las alturas.

Estos requerimientos fueron reiterados por Alessandri en todos sus mensajes presidenciales, en pos del “bienestar y el progreso”<sup>85</sup>. Conjuntamente con el Código, Alessandri insistió en la necesidad de atender la situación material y moral de los sectores populares. En ese plano, presentó al Congreso proyectos tendentes a limitar la producción y el comercio de alcohol, especialmente en las zonas salitrera y carbonífera, reemplazando las cantinas por centros de recreación cultural, como teatros, circos, centros deportivos. Así mismo, propició un plan de higienización de las viviendas obreras, con especial énfasis en la región carbonífera, a través de la demolición de aquellas en mal estado y la construcción de nuevas habitaciones. Este proyecto pensaba financiarse con impuestos a la producción y, a pesar de los escasos recursos con que contaba el gobierno, algo se hizo en esta materia. En esta misma área de calidad de vida, Alessandri propuso varios proyectos y destinó algunos recursos para enfrentar el problema sanitario, dadas las epidemias de viruela que habían propagado por el país los cesantes del norte salitrero, foco original, y de tifus exantemático. El gobierno inició un programa de vacunación masiva y logró contener su extensión. A su vez, inició los planes de edificación de nuevos hospitales en Iquique, Constitución y Talcahuano, ampliándose otros en ciudades más pequeñas.

Dada la variedad de razones de orden económico, evolutivo y de estabilidad política que inducían este programa social, la educación ocupaba un lugar destacado. La aprobación de la ley de instrucción primaria obligatoria en 1920 dinamizó la educación popular que comenzó a crecer lenta, pero sostenidamente a partir de esa fecha. La preocupación asignada por los reformistas al tema educativo era coherente con sus principios liberales, que

---

<sup>85</sup> Para esta parte se han consultado los mensajes presidenciales de 1921 a 1924 en el *BSCS*.

hacían de ella un instrumento de socialización de primer orden. A medida que la aprobación de las leyes sociales se estancaba, Alessandri comenzó a destacar la importancia del cumplimiento de la ley de instrucción. En su mensaje de 1922 expuso: “la educación popular constituye la base fundamental del orden y del progreso sociales y el más sólido cimiento de las instituciones republicanas”. La escuela, por tanto, no era sólo un medio de difusión de la cultura, sino “un medio más adecuado para crear un criterio público correcto sobre las cuestiones que afectan a la colectividad y de inculcar en todos los ciudadanos hábitos e ideales de solidaridad, de cooperación y de justicia en que descansan la permanencia de las instituciones y la conservación de la personalidad nacional”. La educación popular, como se recuerda, había sido preferentemente justificada como un problema de elevación moral de los obreros, cuya ignorancia los hacía susceptibles de caer en vicios y ser mercado para “falsos predicadores”. El proyecto de cohesión social que buscaba el reformismo alessandrista comenzó a dar cada vez más importancia a la trasmisión de principios políticos, de mitos históricos, susceptibles de inculcarse en los colegios. Hasta los inicios del siglo XX, la asistencia de los niños a las escuelas no era masiva. Sin embargo, de regularse el trabajo infantil, la ley de instrucción debía ser efectivamente obligatoria, al menos en teoría. Esto daba a los contenidos escolares una proyección nueva. Si bien la educación siempre había sido un instrumento para crear “nación”, mientras no se pensó como generalizada no tuvo un sentido político tan manifiesto. La modernización social propuesta cambiaba esa realidad y convertía a la escuela en un lugar ideal de trasmisión de valores que aseguraran la cohesión social buscada. De allí que el gobierno de Alessandri recomendara al Consejo de Educación Primaria una reforma de sus programas “insistiéndole en la necesidad de intensificar la educación cívica e histórica relativa a Chile y de afianzar el respeto a los derechos fundamentales de la propiedad, familia y todo aquello sobre los cuales descansa en forma incommovible la sociedad civilizada”. En ese mismo criterio “civilizador” y “chilenizador” se decretó la celebración de efemérides en todos los colegios y el uso preferente de textos chilenos para geografía e historia, lo cual era coherente, además, con los problemas limítrofes que el país enfrentaba, en especial el tema peruano. El proyecto liberal de preparar al pueblo para que en algún momento ejerciera “responsablemente” sus derechos ciudadanos llegaba a su día: el mejoramiento de las condiciones sociales de vida era sólo una parte del programa de redención; el otro era la integración a través de una homogeneización cultural y política vía educación popular. Como decía Alessandri en 1922: “Propender a formar hombres que representen la estabilidad, el orden, la paz, el bienestar el progreso social, es la más alta de las funciones que corresponden al educador y el

gobierno, llamado por la Constitución Política del Estado a prestar atención preferente a esta elevada función pública". En ese sentido, la escuela formaría ciudadanos que debían sentirse parte de una sociedad que constituía su raza y su patria, de modo que el bienestar personal sólo podría conseguirse dentro de la comunidad. La escuela, en última instancia, debía otorgar "la armonía social de mañana, nuestro bienestar común"<sup>86</sup>.

Estas demandas fueron reiteradas una y otra vez por Alessandri a lo largo de su gestión, sin obtener mayores frutos. Con todo, en 1924 podía exhibir algunos logros. La campaña de eficiencia económica que implicaba el mejoramiento obrero dio sus primeros resultados en la creación de departamentos de bienestar en algunas áreas económicas, como en las compañías carboníferas, la de salitres de Antofagasta, la Asociación Salitrera, las cupríferas de Rancagua y Chuquicamata y algunas fábricas. En el caso particular del salitre las secciones fueron creadas en 1921 y apuntaron a la mejoría de las viviendas obreras, construyéndose habitaciones higiénicas y planéandose la construcción de nuevos campamentos. Así mismo, los productores salitreros ampliaron los servicios médicos y sanitarios de la pampa, estableciendo la gratuidad de la atención para los proletarios y sus familias y construyendo hospitales, maternidades y pabellones para baños públicos. En materia educativa, los salitreros adaptaron dentro de las oficinas algunos locales para funcionar como escuelas primarias y construyeron otros. Por último, también hubo, según el informe de Alessandri, una preocupación por establecer sucursales de la Caja Nacional de Ahorros en las oficinas y por regularizar el empleo<sup>87</sup>. Estas medidas, no obstante, seguían siendo voluntarias y podían ser suspendidas en cualquier momento, al no existir una normativa legal.

En suma, las principales acciones gubernativas relativas al tema social se circunscribieron al terreno institucional. Con todo, Alessandri no desechó por completo su relación más emotiva y populista con los trabajadores, a quienes se acercó en coyunturas específicas. Los dos primeros años de administración alessandrista fueron de crisis económica por efecto de la caída de las exportaciones, lo cual dio lugar a la apertura de albergues para alojar y alimentar a los miles de cesantes expulsados de las oficinas de la pampa, los cuales superaban los 50.000. Al comienzo se abrieron albergues en las ciudades salitreras para luego concentrarse en Santiago y Valparaíso, como producto de la migración en busca de trabajo. Fue esa concentración obrera,

---

<sup>86</sup> Todas las citas expuestas en este párrafo corresponden al Mensaje Presidencial de 1922, *BSCS*, 1.6.1922.

<sup>87</sup> Mensaje Presidencial, *BSCS*, 1.6.1924; *LPR* (Iquique), 24.4.1921.

con los consiguientes efectos morales, sanitarios y de orden los que enfrentaron a la sociedad santiaguina a la profundidad de la "cuestión social". Mientras las grandes masas obreras se encontraban en las zonas productoras alejadas de la capital y el problema social era percibido como "relativamente" manejable en Santiago, la "cuestión social" pudo evadirse. Pero en 1921 Santiago llegó a tener 22 albergues y alojar una cifra entre 15 a 20.000 desocupados, lo cual hizo imposible eludir el problema<sup>88</sup>.

La existencia de los albergues dio lugar a la propagación de enfermedades, como se señaló más arriba, y a un desorden general de la ciudad producto de la mendicidad, la vagancia, la miseria exhibida por los cesantes y, en general, por las malas condiciones de los albergues. El aluvión de críticas que recibió el gobierno de Alessandri por esta situación lo llevó una vez más a privilegiar el orden, entregando la custodia de esos establecimientos al Cuerpo de Carabineros y cerrándolos apenas la situación salitrera mostró los mínimos síntomas de recuperación.

A pesar de ello, Alessandri también intentó utilizar a los albergados en su propio beneficio en su pugna con el Senado. Según se ha propuesto "una turba escoltada por la policía" habría apedreado las residencias de dos de los senadores antialessandristas más activos, Gonzalo Bulnes y Ladislao Errázuriz, por su oposición a una destinación diplomática y, posteriormente, por la negativa congresal a aprobar la política salitrera. En ambas ocasiones la movilización de los albergados habría sido inducida por Alessandri<sup>89</sup>. Estas acciones, sin embargo, no constituyeron la tónica general, pues las alteraciones del orden también estaban siendo fomentadas por los fochistas y socialistas al interior de los albergues y en las calles. De allí que el uso de estos medios por parte de Alessandri no fue lo común, sino en ocasiones muy específicas y limitadas, siendo más corriente aceptar las manifestaciones populares espontáneas cuando deseaba demostrar el respaldo con que contaba, ni siquiera era una medición de fuerza. Su posición respecto de las agitaciones obreras y huelgas, en general apuntó a lograr la tranquilidad social. En más de una oportunidad en que se produjeron paros, Alessandri llamó a los obreros a retomar sus labores, pues el gobierno se preocuparía de solucionar el conflicto: "Como padre que me considero del pueblo chileno, me creo con el derecho más absoluto para amonestar en forma enérgica a los que declaran huelgas injustas... No es posible que los mismos obreros estén perjudicando al país sin que antes recurran al Presidente que siempre

---

<sup>88</sup> Julio Pinto Vallejos, "Donde se alberga la revolución. La crisis salitrera y la propagación del socialismo obrero (1920-1923)", inédito.

<sup>89</sup> Julio Pinto, "Donde se alberga la revolución...".

tratará de salvar los conflictos de acuerdo con los obreros y patrones"<sup>90</sup>. Claramente, el Presidente no se constituyó en un factor de agitación, al menos deliberadamente. La mejor prueba de las fronteras en las que se movía la movilización populista de Alessandri la constituyeron los sucesos de San Gregorio en febrero de 1921, que costaron la vida a setenta pampinos. Como se planteó antes, la movilización populista en Alessandri era un instrumento a favor de la institucionalidad y no en contra de ella como ocurría con los socialistas. En ese sentido, Alessandri dejaba muy en claro que no debían confundirse "las sanas aspiraciones del proletariado que busca un remedio a su abandono y a sus penalidades, y las pretensiones insensatas de los visionarios del comunismo"<sup>91</sup>. Esta delgada frontera entre movilización institucionalista y desorden fue la que reafirmó en Alessandri la opción legal y política. Por ello, con motivo de las elecciones parlamentarias de marzo de 1924 volvió a acercarse a los trabajadores para solicitar, una vez más, su apoyo para obtener mayoría aliancista en ambas cámaras, haciendo una gira por el sur del país: "El Senado de la República se ha obstinado en ponerme dificultades ... Ahora lo que queda es esperar el nuevo Congreso que ha de venir en junio próximo...todo lo prometido se cumplirá y mientras tanto, sólo pido al pueblo ...respeto al orden, a las instituciones, a las personas y la propiedad. Sólo son fuerte e invencibles el derecho y los principios fundamentales de justicia y redención que en él se fundan". El pueblo, mientras, clamaba la disolución del Senado, pero Alessandri les aseguró que las reformas se harían por la vía ordinaria<sup>92</sup>.

Cuatro años después de su elección y en medio de una crisis generalizada, Alessandri siguió insistiendo que el camino era institucional. Los resultados de las elecciones parlamentarias de 1924 le favorecieron, aunque usando métodos fraudulentos, logrando la mayoría parlamentaria que suponía le aseguraría la aprobación de las reformas sociales. Ello no ocurrió, como es conocido, y la legislación social siguió detenida en el Congreso. En este punto es donde creemos Alessandri hizo una de las demostraciones más claras de su postura respecto a la movilización social. El fracaso de su estrategia interventora de marzo puso en evidencia la situación límite a la que había llegado la lucha política y la improbabilidad de una salida legal.

---

<sup>90</sup> LPR (Iquique), 24.6.1921. Este caso no fue el único, sino muy común en los conflictos en Tarapacá y Lota.

<sup>91</sup> *El Mercurio* (Stgo.), 13.6.1921, citado por Julio Pinto, "Donde se alberga la revolución...". La versión más completa acerca de los sucesos de San Gregorio exculpa a Alessandri. Floreal Recabarren, 1921: *Crisis y tragedia*, Antofagasta: 1984.

<sup>92</sup> René Olivares, *op. cit.*, 64-65, y Samuel Gajardo, *op. cit.*, 170-172.

En ese momento, Alessandri tenía dos caminos: movilizar y soliviantar a un pueblo que reclamaba la disolución del organismo identificado como responsable del empantamiento de la legislación social y de la crisis, amenazando verdaderamente al sistema, o buscar un aliado con otro poder de disuación. La primera alternativa, como se ha visto, sólo era utilizable dentro de márgenes que pudiera controlar; una movilización más bien de pantalla, que no revestía peligro real alguno y que no integraba activamente a los trabajadores al debate político. Acudía al pueblo no para romper estructuras, sino sólo para remozarlas, manteniendo el orden liberal. No hizo de la movilización populista una herramienta desinstitucionalizadora. Esta mera instrumentación de recursos populistas con fines políticos tradicionales es lo que explica su decisión final de optar por la segunda vía: enfrentar a la vieja oligarquía, y a sus propios partidarios aún inmersos en una visión partidista decimonónica, con un arma realmente amenazadora, muy difícil de responder en sus mismos términos. Al final, cuando ya no quedaban caminos legales posibles, no recurrió a los trabajadores para destruir juntos el viejo orden y construir un mundo nuevo y mejor, sino a las Fuerzas Armadas. De acuerdo a Fidel Araneda podría haber pasado por encima de la Constitución "porque el pueblo le adoraba, sin embargo, el hombre respetuoso del derecho prefirió abandonar la jefatura..."<sup>93</sup>. Antes de hacerlo, como es sabido, golpeó las puertas de los cuarteles militares e intentó orientar las demandas de la joven oficialidad. Su decisión de recurrir a los militares y no a los obreros fue la prueba más evidente de su apuesta política. Las Fuerzas Armadas, como partes del Estado y de los principios liberal-capitalistas defendidos, le permitirían empujar las reformas y mantener el orden.

El 5 de septiembre de 1924 el "Ruido de Sables" consumaba la intervención militar de los jóvenes oficiales iniciada tres días antes y el ocho del mismo mes, en una sesión meteórica, el Congreso aprobaba por fin las leyes sociales propuestas.

No obstante, la disputa iniciada entre Alessandri y el Alto Mando determinó su salida del gobierno en septiembre de 1924 y su posterior regreso en marzo del año siguiente, cuando la juventud militar reformista dio un nuevo golpe en enero de ese año, trayéndolo de vuelta al poder para encabezar el proceso de cambio. Tales deseos, sin embargo, no pudieron realizarse, pues se desató una pugna entre civiles y militares. Las dudas de los oficiales respecto de la civilidad y las ansias de poder del mayor de ejército Carlos Ibáñez, sellaron el término definitivo del gobierno del "León de Tarapacá"

---

<sup>93</sup> Fidel Araneda, "Don Arturo Alessandri Palma", Discurso, 9.

quien renunció en octubre de 1925. Durante estos últimos meses de gestión su relación con los trabajadores se atenuó dada su concentración en aprobar la reforma constitucional y la creación del Banco Central. Con todo, el recrudecimiento de la protesta obrera producto de una nueva crisis salitrera puso en evidencia la opción alessandrista entre justicia social y orden. En junio de 1925 los pampinos de la oficina Coruña en Tarapacá decidieron resistir el cierre de esta y las presiones policíaco-militares del gobierno. Tal decisión significó la orden oficial de ametrallamiento de los obreros que costó la vida a aproximadamente 600 de ellos<sup>94</sup>. Aunque el telegrama ordenando la mantención del orden público estaba firmado por el Ministro de Guerra, Carlos Ibáñez, el Presidente era Arturo Alessandri.

#### 4. EL CASO DEL LEÓN DE TARAPACÁ

La segunda renuncia de Alessandri a la presidencia en octubre de 1925 no logró detener la crisis política que envolvía al país y que se desató completamente a partir de esa fecha. Al enfrentamiento entre los sectores antialessandristas y sus seguidores, amén de la situación que dominaba a los partidos, se sumó un nuevo elemento: la presencia militar. El "Ruido de Sables" ocurrido en septiembre del año anterior y el golpe del 23 de enero inauguraron una nueva etapa en el proceso de disolución del orden oligárquico-parlamentario, al incorporar como una facción decisoria a las Fuerzas Armadas. Las pugnas y disidencias que dividían a la clase política respecto al momento histórico que vivía Chile y el mundo, se reproducía en las filas militares, las que también se sumieron en un proceso de lucha interna. El dilema frente a la reforma, la justicia social, el orden y el modelo económico dio lugar al quiebre de la unidad de cuerpo y de la verticalidad del mando en las Fuerzas Armadas, las que estuvieron interviniendo en política durante los siguientes ocho años.

La llegada de los militares debilitó aún más a la clase política y permitió la emergencia de un caudillo surgido de sus filas, que pasaría a disputar al "León de Tarapacá" la bandera reformista y, principalmente, la aplicación

---

<sup>94</sup> Sobre la masacre de Coruña, véase Rolando Alvarez, "La matanza de Coruña", *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, N° 116, 1997; Alberto Harambour, "Ya no con las manos vacías. Huelga y sangre obrera en el Alto San Antonio. Los sucesos de La Coruña. Junio de 1925", en Pablo Artaza et al., *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*, Santiago, 1998. A pesar de esto, cinco meses más tarde, el "León" demostró una vez más su potencial electoral en Tarapacá al ser elegido senador por esa provincia, levantando, esta vez, un discurso nacionalista.

de las leyes sociales, asegurando a los proletarios su cumplimiento y una mejoría de sus condiciones de vida y de trabajo. El entonces coronel –y más tarde general– Carlos Ibáñez pasó a dominar la política chilena desde 1925 y hasta 1931, cuando en medio de los efectos dramáticos de la Depresión mundial hubo de renunciar.

A lo largo de ese período, Arturo Alessandri encabezó la lista de los exiliados de la dictadura, pasando a residir en Europa. La enemistad entre ambos caudillos tenía muchas razones, pero la relación con los trabajadores era una de las que más molestaba a Alessandri, quien se autoproclamaba su redentor. Desde el mismo momento en que puso la banda presidencial en el pecho de Emiliano Figueroa Larraín en 1925, Alessandri se prometió a sí mismo que “volvería” en gloria y majestad. Por ello fue uno de los cabecillas de los diversos complots urdidos contra Ibáñez y, apenas producida su caída, en julio de 1931, se dispuso a regresar a Chile. Su objetivo, recuperar aquello que consideraba le había sido arrebatado injustamente: la Presidencia de la República.

El gobierno provisional de Manuel Trucco –de agosto a diciembre de 1931–, fue el encargado de reinstitucionalizar al país, luego del fin de la dictadura, por lo cual llamó a elecciones presidenciales a celebrarse el 4 de octubre de ese año. Tal suceso brindó la oportunidad para que el “León de Tarapacá” volviera al escenario político para disputar la primera magistratura. Tras la aparente derrota del proyecto capitalista representado por Ibáñez y las Fuerzas Armadas, el socialismo no comunista comenzó a abrirse paso, dando lugar al nacimiento de una serie de agrupaciones y al quiebre de otras antiguas que levantaron esa bandera como la única posible para superar la crisis. Entre las primeras destacaron la Nueva Acción Pública, NAP, y otra serie de movimientos socialistas; entre las colectividades existentes que fueron desgarradas por esta oleada, estuvo el radicalismo, del cual nació el Partido Radical Socialista y el Radical Socialista Independiente. De estas nuevas agrupaciones surgió la idea de realizar una Convención de Izquierdas, que nominara un candidato representativo de estas corrientes. La Convención reunida a comienzos de septiembre de 1931 escogió como su abanderado a Arturo Alessandri, candidatura que, según las palabras de José Dolores Vásquez, tenía “una gran significación social y política que viene a dar consistencia y realidad práctica a los ideales de izquierda. Más que a sí mismo (Alessandri) se pertenece al país y especialmente a las clases y colectividades de izquierda de cuyos ideales fuera precursor en 1920”<sup>95</sup>.

---

<sup>95</sup> *D.I* (Stgo.), 8.3.1931. Para el nacimiento de la nueva izquierda y la Convención, Guillermo Bañados, *Las ideas se combaten con ideas*, Santiago, 1933, 1-4; Mario Bravo Lavín, *Chile frente al socialismo y al comunismo* Santiago, 1934, 92.



Dado el momento de transición democrática que vivía el país, los partidos más tradicionales esperaban evitar la lucha presidencial y elegir un candidato de unidad, que sería Juan Esteban Montero. La nominación de Alessandri por la Convención de Izquierdas echó por tierra esas esperanzas. Aunque el caudillo del año 1920 había declarado su abandono de la política, su respuesta a tal petición reveló sus ambiciones: “no puedo dejar de acoger con simpatía una petición hecha por ese grupo de amigos que podría dar por resultado una unión más estrecha de todos los chilenos”<sup>96</sup>. Aunque dicha unidad no se logró, el día 19 de septiembre fue formalmente proclamado y Alessandri aceptó “sacrificarse”.

Para comprender la campaña presidencial de Alessandri en 1931 no debe perderse de vista el contexto de crisis económica y social que vivía el país, como la inestabilidad profunda provocada por la sublevación de la marinería a comienzos del mes de septiembre. Ambos factores mostraron la debilidad del gobierno de Trucco. En ese plano de efervescencia social y política, Alessandri se volvió a enfrentar a una coyuntura histórica similar a la de 1920 en tanto se demandaba justicia social, pero también orden para frenar a los militares. Su campaña, por tanto, debió moverse en esas turbulentas aguas en que debería recalcar su postura institucionalista, pero sin abandonar su carácter de caudillo popular. Al igual que en su primera candidatura presidencial Alessandri se presentó como la encarnación de la democracia y de la salvación del pueblo: “...acepto la candidatura que insistentemente me ofrecéis como símbolo de redención y democracia republicana, la recojo de vuestras manos robustas y encallecidas por el trabajo y en vuestros corazones fervorosos de solidaridad”. Alessandri volvió a recalcar su respeto a las libertades, a las conciencias religiosas y a las instituciones, asegurando que “no reconozco ni respeto otra dictadura que la ley, la justicia y el derecho. Este mi pasado, es garantía de que no soy ni puedo ser amenaza al orden social actual”<sup>97</sup>. En otras palabras, si bien usaba recursos populistas como en 1920 –la apelación al pueblo– el contexto del momento le impedía hacer una reedición exacta de esa campaña, enfatizando, más que entonces, su carácter no amenazador. Los lemas-amenazas de ese año se convertían ahora en una bandera para hacer hincapié en la legalidad: a su juicio, era menester hacer cumplir la Constitución y las leyes “cueste lo que cueste y pese a quien pese”. Esto significaba revisar los actos de la dictadura, decre-

<sup>96</sup> *D.I* (Stgo.), 11.9.1931.

<sup>97</sup> Estas declaraciones correspondieron a su discurso-programa aparecido en *D.I* (Stgo.) y *LPR* (Iquique), 21.9.1931.

tos leyes dictados con infracción a la Carta Fundamental; aplicar sanciones a quienes habían realizado acciones indebidas durante el régimen militar y devolver al pueblo su derecho a elegir libremente a sus representantes.

A diferencia de 1920, el populismo fue exacerbado en el orden económico más que en el social, donde la propuesta alessandrista tuvo como principales objetivos criticar el gobierno provisional de Trucco y responder a las demandas populares. En una crítica explícita a Ibáñez, propuso reajustar los gastos de acuerdo a los recursos reales sin "inflar los presupuestos", pero tampoco reduciendo los sueldos a los empleados fiscales, como había hecho el gobierno de Trucco y que había desatado el levantamiento de la marinería, sino modernizando la administración pública. Haciéndose eco de la desesperación de cesantes e industriales, Alessandri propuso diversificar la base productiva del país, estimulando la explotación de otras áreas mineras y de la industria nacional, aunque sin especificar los recursos con los cuales se iniciarían los trabajos. En ese mismo plano, incorporó una de las medidas más solicitadas por los desocupados para paliar los efectos de la crisis: la colonización de las tierras sureñas. Como lo haría más tarde la República Socialista, Alessandri propuso la socialización de la propiedad agraria en manos de la Caja de Crédito Hipotecario, organizándola en forma de cooperativas vigiladas y controladas por el gobierno. De igual manera y respondiendo a una de las principales quejas populares en los meses que seguirían a la caída de Ibáñez, el programa de Alessandri también abogó por la estabilización monetaria para llevar "tranquilidad a pequeños comerciantes, pequeños industriales, empleados públicos y particulares y obreros, para todo aquel que tiene pequeñas rentas ...poco cubiertas a las especulaciones del agio". Es interesante tener en cuenta que durante los años de Ibáñez la economía chilena había sido penetrada en profundidad por los capitales norteamericanos, lo cual desarrolló un sentimiento popular antiimperialista del cual Alessandri haría perfecto uso. Donde, sin duda, se hizo del todo manifiesto este populismo antiimperialista, de corte nacionalista, fue en el tema candente del momento: el futuro de la industria salitrera. Como es sabido, en 1930 Ibáñez creó la Corporación de Salitres de Chile (COSACH), organización que significó la muerte de las oficinas que funcionaban con sistema Shanks –la mayoría– y la preponderancia norteamericana que trabajaba con tecnología Guggenheim. Mientras se vivió una etapa de auge económico mundial esta situación pudo ser evadida; al desatarse la crisis, sin embargo, ella fue evidente y se expresó en una cesantía masiva. Los pampinos cesantes culpaban a la COSACH de la miseria a la que habían sido lanzados y levantaron su disolución como su principal exigencia. Alessandri hizo de esta demanda el centro programático de su campaña. Recordó con insistencia cómo había resistido su creación desde el exilio, pues la COSACH "im-

portaba la enajenación de la soberanía nacional y económica del país... significaba la ruina definitiva del comercio y la industria, la miseria y el hambre de esos rotos vigorosos...". De allí concluía la urgencia de reorganizar la industria salitrera sobre bases que afianzaran "la soberanía económica del país, dándole la directiva de una industria que siempre fue de Chile y para los chilenos". Su reestructuración implicaría abrir un mercado a la industria agrícola, el comercio y la industria, absorbiendo la cesantía y como un principio de justicia para devolver la vida a las provincias de Tarapacá y Antofagasta. Comprendiendo el impacto de una promesa como esa, Alessandri afirmó que la desaparición de la COSACH no era imposible —como planteaban los políticos y el gobierno—: "La tarea de disolver la COSACH es más fácil de lo que parece, más sencillo de lo que se cree. Esa sociedad no tiene existencia legal, jurídicamente hablando es un cadáver... no hay una firma poderosa que pudiera reclamar...". A pesar de la falsa afirmación, como lo demostrarían las administraciones posteriores, Alessandri aseguró a sus posibles votantes que de ser elegido iría resueltamente a la anulación de la empresa salitrera y "tres meses después de llegar al poder, Tarapacá empezaría a laborar 3.000 toneladas de salitre. Esto significará trabajo para 15 a 20.000 hombres"<sup>98</sup>.

En materia social, Alessandri volvió a rescatar la importancia de la educación primaria, haciendo hincapié en la necesidad de cambiar su fisonomía liberal por una manual que entregara a los niños habilidades que les permitieran subsistir y, al mismo tiempo, convertirse en buenos ciudadanos. En sus palabras, "cada hombre en una democracia bien organizada debe ser un factor de producción. En este sentido debe ramificarse la enseñanza en todas las ramas del saber humano. La enseñanza industrial, comercial, minera, agrícola...debe darse la oportunidad al hombre de especializarse en aquello para lo cual se crea más apto". En relación a la legislación social, Alessandri enfatizó su aporte en haber hecho una "realidad el precepto constitucional de que todos los hombres eran iguales ante la ley", al lograr aprobar las leyes que levantaron la condición material y moral de los obreros, proceso en el que veía una verdadera "revolución espiritual". Enumeró las leyes aprobadas y demandó la abrogación del Código del Trabajo promulgado por Ibáñez en las postrimerías de su mandato. A su vez, reiteró la justicia de otorgar una habitación digna a los sectores populares, logrando que el obrero llegara a ser dueño de ellas. Las leyes sociales debían recuperar su sentido original y extirparle los acomodos hechos por la dictadura. Hacia el final de su discurso de aceptación de su candidatura señaló que era "menester restablecer en nuestro país el sentido de

<sup>98</sup> LPR (Iquique), 31.10.1931.

autoridad, el sentimiento de la disciplina ajustándolo a la Constitución y a las leyes. No puede haber paz ni armonía cuando faltan la disciplina y el respeto a la autoridad". Hizo, por tanto, un llamado a hacer un juramento de "respeto a la ley, a la Constitución, el restablecimiento de las disciplinas morales que hacen la grandeza y la respetabilidad de los pueblos".

Si se analizan sus palabras, es posible constatar que su principal interés estaba en el área económica y política. La solución de los principales efectos de la crisis y la estabilidad institucional aparecen como centrales en su discurso. Si bien en 1920 también enfatizaba su respeto a las instituciones y al orden social, movilizaba a las masas y destacaba insistentemente la necesidad de aprobar las leyes sociales. En esta oportunidad, sin embargo, lo social aparecía en una posición secundaria y no movilizadora. Es cierto que la bandera de una legislación para el proletariado ya no podía agitarse, puesto que ella ya había sido dictada y, más aún, plenamente aplicada durante la época de Ibáñez. Esto vendría a corroborar lo planteado anteriormente en este trabajo acerca del carácter hasta cierto punto bismarckiano de la propuesta alessandrista y de su uso instrumental del populismo movilizador. En 1931 era poco probable que Alessandri movilizara a las masas, tanto porque su principal proyecto estaba cumplido, como por la inestable situación política del momento. Una alteración del orden público del tipo de 1920 podía provocar una nueva intervención de las Fuerzas Armadas, que todos deseaban evitar. Lograda la integración desde arriba, que era su propuesta original, el caudillo popular podía seguir haciendo uso de su leyenda, pero ya no intentaría repetirla, al menos exactamente.

A un día de la elección, Alessandri decidió jugar su última carta de caudillo del "año 20", lanzando un "Manifiesto al País" en el cual analizaba la situación política y sus posibilidades electorales. En pocas palabras, el Manifiesto buscaba preparar el ánimo de los votantes alessandristas frente a un eventual fraude. Acusó a los monteristas de contar con los recursos económicos para cohechar y con la maquinaria administrativa para intervenir los resultados electorales. Llamó, como en 1920, a defender el triunfo vigilando la limpieza del acto eleccionario: "El pueblo velará, listo para acudir a amparar y defender a nuestros vocales y apoderados en el momento en que se intente un fraude". De allí que insistiera en la necesidad de resistir el cohecho y en la responsabilidad de la fuerza pública de asegurar la libertad de sufragio, haciendo de ello el centro del Manifiesto. Sin poder perder del todo sus rasgos de "León", amenazó a sus adversarios si no respetaban la voluntad ciudadana: "Lo prevengo y al hacerlo declino la responsabilidad de las consecuencias funestas e irreparables que acarrearía el intento de tan monstruoso crimen. El pueblo esclavizado y tiranizado durante tantos años ha despertado a la vida de la libertad y a la reconquista de la verdadera

democracia con la energía invencible de las reacciones violentas y heroicas que siguen a los períodos de opresión”<sup>99</sup>.

Aunque en apariencia era una amenaza de repetir los sucesos posteriores a junio de 1920, una vez conocidos los resultados oficiales de la elección presidencial y el triunfo aplastante de Juan Esteban Montero, Alessandri se apresuró a reconocer su derrota y llamar a sus seguidores a esperar mejores días para la victoria de sus ideales<sup>100</sup>. La elección de 1931 señaló el comienzo del ocaso del “León de Tarapacá”.

La derrota frente al candidato radical no amilanó del todo a Alessandri, quien se dispuso a usar todas las armas a su alcance para debilitar la gestión de Montero. En el terreno propiamente político, consolidó su liderazgo en las fuerzas de la izquierda institucionalista, organizada como “Federación de Izquierdas”. Desde allí lanzó una campaña sistemática y pública de deslegitimación del gobierno monterista, dada su negativa a disolver el Congreso “Termal”, el Parlamento elegido a dedo por Ibáñez en 1930. Las demandas por su clausura y la renovación de los congresales a través de una elección soberana, sirvieron a Alessandri de plataforma para reafirmarse como uno de los principales líderes de la “causa” democrática. En un ámbito menos abierto, el caudillo participó e infiltró todos los complots que se estaban organizando para derrocar a Montero y que comprometían al ibañismo y al naciente socialismo marxista. Su febril actividad política durante los meses que siguieron a la elección de 1931 estaba concentrada en lograr la caída de Montero y el apoyo suficiente para ser el próximo Presidente de la República<sup>101</sup>.

Sin embargo, un hecho fortuito vendría a cambiar levemente sus planes. En efecto, a comienzos de marzo de 1932 se produjo la muerte del senador por las provincias de Tarapacá y Antofagasta, Oscar Viel Cabero. Desde el momento mismo que se produjo la vacancia del cargo, el nombre de Alessandri como posible reemplazante comenzó a circular profusamente en Tarapacá. Los llamados partidos históricos de la zona —liberales, radicales y demócratas— decidieron ir unidos en esa elección complementaria para presentar una candidatura senatorial sin lucha política. A juicio de sus promotores, Alessandri era un candidato seguro, pues “no tendría competidor en Tarapacá”, especialmente si los elementos liberales iban unidos<sup>102</sup>. Inmediatamente de tomada la decisión, sus auspiciadores le comunicaron la noticia a

<sup>99</sup> *LPR* (Iquique), 4.10.1931.

<sup>100</sup> Esa fue la interpretación que se le dio. *ET* (Iquique), 3.10.1931.

<sup>101</sup> Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La hora de la rebelión. Chile 1931-1932* (inédito).

<sup>102</sup> *E.N* (Iquique), 3.3.1932.

Viña del Mar, donde se encontraba, anunciando que iría a Santiago para imponerse del acuerdo definitivo de los partidos.

Como había ocurrido en todas las ocasiones anteriores, su primera reacción fue declarar que declinaba su nominación, lo cual generó una serie de tensiones entre los convocantes. Las razones argüidas por Alessandri para rechazar el ofrecimiento se relacionaban con la pugna política entablada con Montero –la mantención del Congreso Termal–, pues se trataba de entrar a participar dentro de un orden que él criticaba y le estaba sirviendo de principal bandera en contra del gobierno. En la carta explicativa de su actitud, Alessandri agradeció su nominación, rechazándola por tener razones de “doctrina y de conciencia”. Su argumento era que dentro del Congreso había parlamentarios que no habían sido elegidos por el pueblo, lo cual viciaba de inconstitucionalidad a esa entidad. A su juicio, si bien la Constitución no permitía al Presidente de la República la disolución del Parlamento, ella también especificaba que los congresales debían ser elegidos por sufragio popular: “Quienes se atribuyan el carácter de senador o diputado sin elección popular, no tienen ese carácter constitucional... El Presidente de la República debe respeto a la Constitución que está obligado a cumplir, por cuya razón no puede permitir que funcionen corporaciones públicas con elementos que no reúnen el requisito constitucional”<sup>103</sup>. En otras palabras, Alessandri usó su nominación como un arma más en contra de Montero, denunciándolo y dándole a su caudillismo popular una base política, al enfatizar la cuestión del Congreso Termal. En ese momento, la imagen que estaba destacando era la de defensor de las instituciones republicanas y de la democracia política. En tal sentido, las “izquierdas” que representaba eran una agrupación aún confusa programáticamente, que privilegiaba su disputa de poder. Alessandri aseguraba que mientras el Congreso no fuera depurado de esos elementos el convencimiento de estar en un régimen legal y constitucional no pasaba de ser una ilusión. De acuerdo a esa postura, “El actual Congreso –continuaba– es un poder de hecho y no vive la verdadera vida constitucional un país en tales condiciones. Si yo aceptara la candidatura que tan bondadosamente se me ofrece, aceptaría en el hecho lo que mi conciencia y mi doctrina condenan, importaría una claudicación que nadie y menos mis amigos, pueden exigirme”<sup>104</sup>.

A pesar de este rechazo público, los sectores que lo auspiciaban le enviaron sendas cartas en las cuales le solicitaban aceptara la candidatura,

---

<sup>103</sup> *LPT* (Iquique), 8.3.1932.

<sup>104</sup> *Ibíd.*

aunque ello significara “un sacrificio, acepte la senaturía de Tarapacá y Antofagasta que ofréncle pueblo unido en desgracia y desatención gubernativa”. A pesar de que Alessandri enfatizó el tema del Congreso Termal y nunca elaboró un programa para la campaña senatorial de 1932, sus seguidores en Tarapacá tomaron el programa presidencial de 1931 y lo convirtieron en su plataforma. Es decir, nuevamente la COSACH apareció como la principal promesa, pues “sólo Alessandri como senador tendrá la independencia necesaria para afrontar el problema de la COSACH como lo prometiera en sus discursos de 1931”<sup>105</sup>. En esa misma tónica y desoyendo la “negativa”, los radicales socialistas proclamaron oficialmente la candidatura de Alessandri, quien en algún momento llegaría a presidir la jornada electoral. Aunque las asambleas radicales de Tarapacá y Antofagasta eligieron como su abanderado al Dr. Leonardo Guzmán, un hombre de sus filas y asesor de Montero, otros sectores del partido solicitaron el apoyo de sus seguidores a Alessandri. Al final y a pesar de insistir en su rechazo, el viejo “León” reconocía “que no dispongo de ningún medio para impedir que la gente quiera votar por mi favor, iré al Congreso y presentaré un proyecto definitivo para la disolución de la funesta COSACH”<sup>106</sup>.

Si bien Alessandri seguía explotando su sensibilidad política, al captar las demandas más sentidas del mundo popular –disolución de la COSACH, cierre del Congreso Termal y solución al problema económico-social–, su relación con los obreros ya no era la misma. Enfrascado en una pugna de poder privilegiaba los mecanismos de la política tradicional –reuniones, conciliábulos, complots– y desatendía su cercanía con los trabajadores. De hecho, ni siquiera fue a las provincias salitreras con motivo de la campaña –aunque el tiempo era bastante limitado–, prefiriendo quedarse en Santiago, donde se enteró de su resultado. Sus ambiciones estaban lejos del sillón senatorial, apuntaban a La Moneda. De este modo, las facetas de oportunismo y ambición políticas quedaron completamente al descubierto: a diferencia de 1920, los trabajadores tenían poco que ofrecerle dadas sus expectativas.

De todas formas, Alessandri fue en representación de las “izquierdas”; mientras Leonardo Guzmán lo hizo por el radicalismo, Rafael Lorca por los liberales, Justo Pastor Banda por los demócratas y Elías Laferte por los comunistas. Al contrario de algunos cálculos, Alessandri arrasó tanto en Tarapacá como en Antofagasta. De acuerdo a las cifras oficiales, el “León” obtuvo 10.908 votos, mientras Guzmán logró sólo 4.062 y Elías Laferte 1.974. El nuevo triunfo alessandrista fue recibido con la esperanza –según

---

<sup>105</sup> *LPR* (Iquique), 4.3.1932.

<sup>106</sup> *ET* (Iquique), de 5.3.1932 al 1.4.1932.

las palabras de Alessandri— de ser “el primer paso hacia la unión de todos los partidos avanzados para afrontar y resolver en común los graves y trascendentales problemas de la hora presente”<sup>107</sup>.

Los meses que siguieron, no obstante, agudizaron la crisis económica, social y política del país. Alessandri se sumergió en esta última. Su activa participación en los complotos contra Montero tuvieron un éxito relativo en junio de 1932, cuando una alianza socialista-ibañista y alessandrista lograron derrocarlo. La monopolización ibañista de ese gobierno y de los que le siguieron —todos frutos de golpes de Estado— alejaron cada vez más a Alessandri de los trabajadores y lo acercaron a la política más convencional. Su elección como Presidente de la República en diciembre de 1932 selló su destino político. La elección senatorial por Tarapacá en marzo de ese año, había sido la muestra del “ocaso del León de Tarapacá”.

#### REFLEXIONES FINALES

Uno de los rasgos más destacados de la historia contemporánea de Chile fue durante mucho tiempo la fuerte politización de su sociedad, especialmente de los sectores populares-obreros. El presente artículo ha intentado explorar una de las vertientes de ese proceso, en particular el discurso social-político desarrollado por Arturo Alessandri y la utilización de recursos de corte populista, entre su elección como senador por Tarapacá en 1915 y su segunda presidencia en 1932. Tal marco temporal dice relación con el período que la historiografía ha identificado como la era populista del “León de Tarapacá”.

Dede la perspectiva de este trabajo, el proyecto social y de reestructuración del Estado levantado por Arturo Alessandri en 1920 correspondió a la maduración de un proceso iniciado veinte años antes. En efecto, lo sostenido en este estudio apunta a la idea que desde los comienzos de su carrera política Alessandri tenía clara la necesidad de enfrentar el problema social desde un óptica moderna, esto es, incorporando las demandas obreras al marco jurídico. Empapado de las experiencias europeas de la época, Alessandri rechazaba la noción de un Estado policial que usara la coerción como forma de mantener la paz y la estabilidad social. Tanto su Memoria profesional como sus discursos parlamentarios con motivo de la matanza obrera de 1907, dejan en evidencia su postura respecto de la necesidad de un Estado regulador de las relaciones

---

<sup>107</sup> ET (Iquique), 11.4.1932.



laborales, que derivaran en la armonía entre el capital y el trabajo. En ese sentido, siempre fue parte de la generación reformista que comenzó a preocuparse de la "cuestión social". Su proyecto decía relación con la creación de un marco legal que respondiera a los distintos problemas que aquejaban al mundo obrero, tanto en el ámbito laboral como social. En el primer caso, se trataba de establecer jurídicamente los derechos de los trabajadores y fijar los canales de resolución de conflictos con los patrones, convirtiendo al Estado en un espacio de encuentro entre los factores en pugna. Con respecto a lo segundo, el Estado debería asumir la protección de los desvalidos. Ya hacia la época del Centenario es posible afirmar que el Estado Benefactor estaba casi completamente estructurado en el pensamiento de Alessandri.

Esta posición estaba relacionada con la percepción que Alessandri tenía de los pobres. Para él eran ante todo un factor productivo, del cual dependía en gran parte el crecimiento económico del país. En ese plano, la justicia social era un requisito de la prosperidad y del bienestar general, lo cual hacía preferible la existencia de leyes que solucionaran los conflictos laborales. A su vez, los males sociales que exhibían los sectores desvalidos —enfermedades, vicios, falta de hábitos y valores aceptables para una sociedad que se preciaba de moderna—, eran un obstáculo para ese desarrollo, en tanto impedían al trabajador laborar con todo su potencial. En pocas palabras, Alessandri miró los dos elementos de la "cuestión social": lo propiamente laboral y las condiciones materiales y morales de vida del pueblo. Desde esa óptica, el proyecto alessandrista buscaba la regeneración del pueblo: la superación de aquellos rasgos que le impedían aportar totalmente al proceso productivo e integrarse a la vida política como ciudadanos.

Este proyecto social, sin embargo, no emergió sino hasta 1920 cuando decidió embarcarse en la aventura presidencial. En ese sentido, deben destacarse dos aspectos. En primer lugar, la campaña senatorial de 1915 no convirtió a Alessandri en el caudillo de la causa popular. Su elección estuvo determinada por las circunstancias especiales que existían en Tarapacá en la cual la oposición al balmacedismo —los radicales— estaba decidida a romper dicho cacicazgo. Para ello rehizo el pasado político de Alessandri, destacando su actitud durante los sucesos de Santa María de Iquique. Alessandri sólo se sumó a una campaña ya hecha, aunque ella creó el mito de su caudillismo popular. Por otra parte, la necesidad de enfrentar la maquinaria del cacique local lo obligó a participar en un proceso eleccionario competitivo, atípico en el orden parlamentario. En otras palabras, fue parte de una verdadera campaña política, en el sentido moderno de la palabra. Eso tuvo más efecto sobre su futuro político que la causa popular.

El segundo aspecto a señalar es que la transformación de Alessandri en la encarnación de las leyes sociales y del Estado Benefactor, en que se converti-

ría en 1920, fue parte de una estrategia electoral que le permitiera obtener la nominación presidencial dentro de la Alianza Liberal y ganar la elección. Una vez decidido a ser Presidente de la República, Alessandri diseñó una estrategia de copamiento por niveles: primero, el apoyo mayoritario de los diferentes partidos de la Alianza; luego una Convención única que permitiera la participación activa de las provincias; en tercer lugar, los trabajadores. Fue en ese momento —1919-1920— cuando emergió el caudillo de la causa obrera. Alessandri no tenía los recursos económicos para neutralizar la maquinaria electoral de sus adversarios, por lo que si quería derrotarlos debería dar al proceso electoral un cariz diferente: ese fue el de la democratización. Con esto no pretendemos plantear que sólo se trató de una estrategia para ganar. Alessandri ya tenía un proyecto de modernización del Estado y de las relaciones sociales. Hasta ese momento dicho proyecto no era pertinente a sus intereses políticos y, más aún, no parecía urgente para el país. En 1920 ambas cuestiones estaban presentes. Su acercamiento a los trabajadores en parte fue oportunista, pero también estuvo basado en una convicción que el momento histórico que enfrentaba requería imperativamente las reformas sociales y la democratización del sistema político. Fue el contexto de posguerra lo que determinó la conjunción entre urgencia de cambios e interés electoral. Hubo, por tanto, realismo y oportunismo político.

¿Cómo lograr una participación socioelectoral más amplia? ¿Cómo hacer de su propuesta algo creíble para los votantes populares y así derrotar la máquina de la Unión Nacional? Desarrollando un nuevo estilo de hacer política, pero sólo durante el proceso electoral. La movilización no debería ser permanente, sólo coyuntural. El eje de la reforma sería legal, la movilización popular sólo un instrumento. Ella cumplía la función de desarrollar confianza en los votantes de que el cambio era posible dentro del orden vigente, porque quien encabezaba esa promesa no pertenecía —mito— a la oligarquía y estaba decidido a emancipar al pueblo. Sólo un acercamiento emocional y físico con el pueblo haría posible esa comunión. Los lazos de fraternidad y confianza que emergerían de esa relación permitirían neutralizar la principal arma de sus oponentes: el cohecho. Había que lograr que el pueblo no vendiera su derecho al sufragio, asumiéndolo como un arma para un mañana mejor, una responsabilidad. Alessandri fue al pueblo, no a dictarles charlas moralizantes, sino a compartir con ellos, a prometer con cada abrazo una sociedad más justa. Los mítines, la música, las tareas de propaganda desarrolladas por los partidos aliancistas, las comidas con los pobres, fueron todos mecanismos de politización popular, una invitación a construir un mundo mejor en la tierra.

¿Era una invitación permanente? En la forma de la fiesta de 1920, no. Una vez obtenido el triunfo, del proyecto quedaría sólo la parte más

institucionalista, el énfasis en la legislación social, que era lo realmente central de su propuesta. El factor confianza desarrollado en la etapa movilizadora anterior debería servir como base para evitar precisamente las agitaciones y las huelgas. El Presidente se ocuparía de resolver por los cauces legales los problemas que aquejaban a los sectores populares. A eso dedicó sus esfuerzos durante cuatro años, intentando desbloquear la obstrucción del Senado. La impaciencia obrera en medio de la crisis económica, sin embargo, brindó la oportunidad para hacer evidente que la movilización popular estimulada en 1920 no era lo buscado por Alessandri. San Gregorio y La Coruña mostraron la opción alessandrista por el orden. Fue su gran desafío durante sus años de gobierno: como equilibrar la justicia social y el orden después de haber desatado un proceso de participación desde el sistema.

La forma en que terminó su administración, en medio de "ruido de sables", señaló el fin de una etapa en la vida política de Alessandri. En 1931 volvió a intentar ser el caudillo de los desamparados y el redentor de los oprimidos, en el marco de los efectos de la Depresión. Como en 1920 volvió a demostrar su tremendo olfato político para captar las necesidades del pueblo, sus angustias y esperanzas. Su proposición de disolver la COSACH y el Congreso Termal y ayudar a los desocupados respondía a las demandas angustiosas de una masa cesante sin futuro. Sin embargo, ya no era el mismo del año veinte. Algo había cambiado, aunque sus palabras seguían siendo las mismas. La experiencia de 1924 y 1925 parecen haber dejado huellas más profundas de las aparentemente visibles. ¿Seguía siendo el "León de Tarapacá"? Al menos movilizadoramente, ya no como en 1920. Seguía ofreciendo un Estado con más atribuciones que fomentara el crecimiento económico y respetara los derechos de los trabajadores; pero sin ellos. Al fin y al cabo, la integración se haría desde arriba.